

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA,
PATRIOTA U OPORTUNISTA

Un estudio de sus fines en los acontecimientos de 1821-1855

TESIS PRESENTADA POR EL SR.
ELIAS SOREN
PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN ARTES EN ESPAÑOL



MEXICO, D. F.

1 9 4 8



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN48

56

*A mi esposa, Phoebe, quien me hizo adelantar,
y a mi hijo, Barry, quien me atrasó.*

00165



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

INTRODUCCION

Quando me dediqué a escribir una tesis sobre Santa Anna, mis amigos exclamaron: ¡Santa Anna! ¿Por qué? Ya se sabe lo que era aquel hombre: un pillo, un oportunista y un traidor a su patria, me afirmaban. Además, me decían, el tema ya está agotado, existen centenares de libros que tratan su vida y sus hechos, y que cada palabra y cada ademán suyo se ha examinado en todos sus detalles. ¿Qué más puede decirse? me preguntaban.

Sin duda tenían razón mis amigos. Sin embargo, a mi parecer, un hombre que ha inspirado tantos libros siempre merece más estudio. Si se necesitan tantos libros para comprenderlo, claro es que siempre queda algo que decir, especialmente en este caso, cuando existe una gran divergencia de opinión. Además, en el período de la historia mexicana en que actúa Santa Anna, el hilo de la historia (y a veces el de la razón) se enreda frecuentemente. A menudo resulta Santa Anna una figura incomprensible en una época caótica.

La vida de Santa Anna es muy larga, y es amplísima su participación en asuntos públicos durante casi un medio siglo. Puesto que esta obra no pretende ser una historia completa, se encontrarán muchas lagunas en la relación. Lo que se desea hacer en ella es emprender un estudio de todos los acontecimientos importantes, en que Santa Anna tuvo un papel dominante. Se estudiarán una a una sus acciones en estas situaciones para comprobar si existe alguna coherencia interna, si estuvo movido por el bien de la nación o sólo por la busca de su propio bien. En fin, si fué un patriota o un oportunista. . . o una mezcla de ambos.

Deseo expresar mi más sincera gratitud al Profesor Arturo Arnáiz y Freg, de la Facultad de Filosofía y Letras, por su ayuda valiosa en la preparación de esta tesis, y a todos mis profesores de la Escuela de Verano y de la Facultad de Filosofía y Letras por haberme hecho comprender lo que es México y su pueblo.

México, D. F., a 31 de Julio de 1938.

EL PLAN DE IGUALA

EL PLAN DE IGUALA

Antonio López de Santa Anna, en sus memorias, dice: "Mimado del gobierno virreinal, no tenía límites mi gratitud; y sin embargo, apareció el Plan de Iguala, proclamado por el Coronel Don Agustín Iturbide el 24 de Febrero de 1821, y me apresuré a secundarlo, porque deseaba concurrir con mi grano de arena a la grande obra de nuestra regeneración política". (1)

Con estas pocas palabras, Santa Anna trata de explicar como fué convertido de un oficial "mimado" del real ejército español en un héroe intrépido de la Independencia mexicana. Si esto puede llamarse una mentira, es una mentira de omisión más bien que falsificación. Desgraciadamente, para Santa Anna, cuando sus falsedades están en la página impresa se ven más fácilmente, porque a palabra impresa falta la fuerza de su talento dramático para hacerla creíble.

La verdad es que Santa Anna se esforzó en ocultar un hecho muy importante. . . el hecho de que participó en la lucha contra las fuerzas de Iturbide. Santa Anna quiere que la posteridad crea que tan pronto como oyó hablar del plan atrevido de Iturbide se le adhirió. El trata de sugerir al lector que hacía mucho tiempo que había favorecido la independencia mexicana, y que sólo esperaba el *momento propicio para anunciar sus desos*. Pasa por alto completamente los acontecimientos del 29 de marzo de 1821, como resultado de los cuales se convirtió en oficial del ejército trigarante y en un rebelde contra la Corona española.

Fué anunciado el Plan de Iguala el 24 de febrero de 1821, y se le adhirió Santa Anna el 29 de marzo de 1821, poco más de un mes después. Esta demora de más de un mes tal vez pudiera explicarse por los medios de comunicación muy lentos a la sazón. Sin embargo, por lentos que hubiesen sido, las nuevas no tardaban tan-

(1) Santa Anna, Mi Historia Militar y Política, p. 3

to en viajar los seiscientos cincuenta kilómetros que hay entre Iguala y Veracruz. Además, no hay duda que Santa Anna fué enterado del Plan hace algún tiempo antes de aceptarlo. Su jefe, José Dávila, comandante general, jefe superior político e intendente de Veracruz, al enterarse de las sublevaciones en Jalapa y Puebla, y del Coronel José Joaquín de Herrera en favor del Plan, envió doscientos granaderos bajo el mando de Santa Anna para reforzar la guarnición de Orizaba. Antes de emprender la marcha, a mediados de marzo de 1821, Dávila al dar sus órdenes a Santa Anna, le habló como "el más fiel de sus subordinados". Santa Anna, emocionado profundamente le prometió cumplir con sus deberes "hasta la última gota de su sangre".

Unas horas después de llegar a Orizaba el 23 de marzo Santa Anna con sus tropas, se presentó una fuerza insurgente de quinientos soldados, encabezada por el insurgente veterano, D. Francisco Miranda y D. José Martínez. Un emisario fué enviado a Santa Anna para pedirle que se uniera al Plan de Iguala y tomara el mando de la fuerza insurgente. Por medio de esta conversación con el emisario, Santa Anna, se enteró de la pésima condición de las tropas insurgentes, y las atacó inmediatamente sin contestar a su petición. Después de algún tiroteo, Santa Anna se dió cuenta de que no podía lograr una victoria, por ser las tropas enemigas más que las suyas, y se retiró al Convento del Carmen donde se fortificó.

En la mañana del 29 de marzo, Santa Anna con sus tropas salieron del Convento a sorprender una avanzada de los rebeldes. Después de derrotarlos, regresó al Convento anunciando que había logrado una victoria definitiva. Sin demora ninguna dirigió un parte al virrey para darle informes de su victoria. También envió con el parte una petición, firmada por los padres del Convento, en la cual se recomendó que recibiera el despacho de Teniente Coronel. Entonces, él y los padres se sentaron a la mesa para gozar de una

(2) Rafael F. Muñoz, Santa Anna, p. 30.

comida en celebración de la victoria.

Apenas había comenzado la fiesta cuando entró un soldado y le presentó a Santa Anna una nueva desagradable, la de la llegada de refuerzos insurgentes. "...Habiendo llegado a Orizaba el mismo día 29 Herrera con su división. . . pues luego que supo el movimiento de las Villas se había puesto en marcha para apoyarlo, Santa Anna, *que había tenido a menos unirse con un insurgente*, lo hizo a Herrera adhiriéndose al Plan de Iguala, sin dejar por esto de admitir el grado que el virrey le dió (Teniente Coronel), sobre el que recayó el de coronel que Iturbide le confirió". (3). Tal vez sea el momento en que se vió Santa Anna rodeado por una fuerza mucho más numerosa que la suya, la hora a que se refiere cuando dice que "se apresuró a secundar el Plan de Iguala".

Son importantes e interesantes estos sucesos del 29 de marzo por dos razones: La primera es que constituyen una prueba innegable de que no se unió Santa Anna al Plan de Iguala inmediatamente al enterarse de la proclama de Iturbide. Además, ni siguiera pensaba en semejante paso, porque si hubiera pensado en él, se habría aprovechado de la primera oportunidad, la cual se presentó el 23 de marzo. Sin duda, si hubiera tenido en cuenta unirse a los insurgentes, no los habría atacado el 29 de marzo, arriesgando así no sólo su vida, sino sus relaciones futuras con los rebeldes. La verdad es clara. Al recibir la noticia de la llegada de Herrera el 29, Santa Anna supo que, aunque perdida la batalla, podía salvarse a sí mismo. . . y a la manera de un oportunista hábil, lo hizo.

La segunda razón por la importancia de estos acontecimientos es que el mismo Santa Anna se dió cuenta de que manchaban la pureza de su patriotismo, y en sus memorias se esfuerza en ocultarlos o en falsificarlos. Como antes he dicho, pasa por alto completamente estos sucesos, y tanto es el anhelo de encubrirlos que acude a una patraña absoluta. Santa Anna, en sus memorias, refiriéndose a sus actividades en 1820 de pacificar y colonizar a los insurgentes

(3) Lucas Alamán, *Historia de México*, Tomo V, p. 176.

en los extramuros de Veracruz, dice: "Este servicio se consideró importante, y se me premió con el grado de *Teniente Coronel* y el diploma de la Cruz de la Real y Distinguida Orden Americana de Isabel la Católica". (4).

Así cambia Santa Anna la cronología de sus ascensos militares para disfrazar el origen de su rango de coronel. Aunque escribió sus memorias cuando ya era anciano, en vista de la importancia de los acontecimientos del día cuando tuvo lugar la entrevista con Herrera, no es posible que el error sea el resultado de una memoria defectuosa. De esta manera Santa Anna obscurece el hecho de que luchó contra las fuerzas de la Independencia mexicana, por lo que le premió con un ascenso el virrey, antes de recibir éste la noticia de su defección.

Sin embargo, al fin de cuentas, queda algo que decir a favor de Santa Anna. Como manifiestan los sucesos de los días posteriores, Santa Anna nunca estaba por encima de aprovecharse de ardidés o triquiñuelas para librarse de un apuro. No podía estar seguro de que triunfara el Plan de Iguala. No obstante, una vez unido a los insurgentes, luchó con energía y valor por ellos. Aunque se presentaron después muchas oportunidades de traicionar a Iturbide y regresar al campo de Dávila, nunca lo hizo. Por ignorante que hubiera sido de principios sociales, su mentalidad criolla decidió que era necesario que México se hiciera independiente. Su bizarría personal en las luchas siguientes para realizar esa independencia es innegable, y sin duda por ella merece el nombre de "patriota".

(4) Santa Anna, *Mi Historia Militar y Político*, op. cot., p. 2.

EL IMPERIO DE ITURBIDE

En el estudio del papel de Santa Anna en los sucesos importantes de este período, se citarán sus propias palabras como punto de partida.

Santa Anna, en sus memorias, cuenta cómo Fernando VII rechazó el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba, mandando quemar éstos por mano de verdugo. "En estos momentos —dice él— don Agustín Iturbide no supo sobreponerse a la lisonja de los que lo rodeaban ni a la tentación: se precipitó a ocupar el trono de Moctezuma. . . La opinión general estaba pronunciada a favor de una Regencia, entretanto la nación disponía de sus destinos por medio de sus representantes. Yo participaba de esta opinión y la dí a conocer sin disfraz." (5).

Si en verdad Santa Anna se oponía a la elevación de Iturbide al trono, seguramente lo disfrazó bien. . . a pesar de lo que dice. Tan pronto como recibió la noticia de que se le había sido declarado emperador a Iturbide, reunió las tropas bajo su mando y les leyó la proclama siguiente: "No me es posible contener el exceso de mi gozo, por ser esta medida la más análoga a la prosperidad común. . . pues, corramos velozmente a proclamar y jurar al inmortal Iturbide por emperador. . . Multipliquemos nuestras voces llenas de júbilo, y digamos sin cesar complaciéndonos en repetir, viva Agustín I emperador de México." (6).

Como si no bastara esta proclama emocionante de lealtad y adhesión a Iturbide, Santa Anna se pone más elocuente y más adulator en una carta subsecuente, en la que trata de dar a conocer a su nuevo soberano sus opiniones del asunto antes de ser proclamado éste Emperador: "Viva V. M. para nuestra gloria, y esta expresión sea tan grata, que el dulce nombre de Agustín I se tras-

(5) Santa Anna, op. cit., p. 10.

(6) Lucas Alamán, *Historia de México*, Tomo V, op. cit., p. 606.

mita a nuestros nietos, dándoles una idea de las memorables acciones de nuestro digno libertador. Ellas por la historia se eternizarán como es justísimo, y yo en unión del regimiento de infantería de línea núm. 8 que mando, *y que bajo mi dirección estaba prontísimo a dar tan político como glorioso paso mucho más antes de ahora. . .*" (7) ¡No es de extrañar que Iturbide no haya sabido "sobreponerse a la lisonja de los que lo rodeaban!"

No hay duda de que Santa Anna vió de sacar todo el provecho que pudo del nuevo orden político. No es extraño que pudiera, después de meditar un poco, preferir a Iturbide como Emperador en lugar de un príncipe borbónico, como estipuló el Plan de Iguala. La coronación de un príncipe español significaría el monopolio de todos los puestos altos por la antigua nobleza española, a la cual no pertenecía Santa Anna. En cambio, la coronación de Iturbide haría que se formara una nobleza completamente nueva. En vista de su papel importante en la Guerra de Independencia y en la provincia de Veracruz, Santa Anna estaba seguro de que reconocería Iturbide su valor y le otorgaría un cargo o título de prestigio.

Probablemente fué uno de los desaciertos más grandes que hizo Iturbide el que, reconociendo fácilmente los síntomas de la ambición en Santa Anna, no los haya satisfecho bastante. En el primer decreto publicado por la Regencia conteniendo la lista de los jefes del ejército imperial, Santa Anna encontró que en vez de recibir el despacho de brigadier, el que esperaba, ni siquiera fué confirmado el grado de coronel que le ofreció Herrera. Su vanidad fué abrumada más cuando se le dió a conocer que D. Domingo Loaces, el oficial español que defendió Querétaro contra las fuerzas de Iturbide, fué nombrado Capitán General de las provincias de Oriente, las cuales incluían Veracruz, y que otra persona, el general D. Manuel Rincón, fué designado Gobernador de Veracruz.

(7) Lucas Alamán, op. cit., p. 607

Tales desaires no sentaron cómodamente al corazón ambicioso de Santa Anna.

Tan lastimado estaba el yo de Santa Anna, que bajó la cabeza y en un tono humilde pidió reconocimiento a Iturbide.

"Pido a su notoria generosidad, en obvio de que continúe representando el papel desairado que en el día hago, se digne nombrarme segundo del señor Loaces. V. A. daría asimismo otra prueba de su bondad al concederme el grado de brigadier, para con esa investidura desempeñar aquel cargo." (8).

Después creyó que este cargo no le convenía y pidió a la Regencia que lo nombrara Comandante General y Gobernador de la provincia.

"El objeto de promover esta instancia es lo duro que ha de serme la oscuridad en que me hallo, puntualmente en la parte del Imperio que he mandado en las más críticas circunstancias y hecho independiente." (9). La única satisfacción que recibió Santa Anna de estas peticiones fué una promesa vaga de Iturbide en el sentido de que pronto recibiría aquél lo que pedía.

Por ambicioso que hubiera sido Santa Anna, ocurrió un suceso que demuestra que no era él un oportunista absoluto que buscaría elevarse sin principios ni conciencia. Guadalupe Victoria, el insurgente veterano que salió de las cuevas de Veracruz para pelear por la independencia, no estuvo de acuerdo con el Imperio que se formaba y volvió a sus cuevas, prefiriendo esto a ostentarse como un elemento disonante en el nuevo orden. Iturbide, temiendo las consecuencias de la pérdida de este personaje que no dejaba de tener cierta influencia, decidió que sería mejor eliminarlo. Puesto que Victoria se refugió en Veracruz, para aprehenderlo Iturbide quería escoger a un hombre que sí conociera esa comarca... y naturalmente pensó en Santa Anna. Escribió a Santa Anna y le ofreció el despacho de brigadier, el que deseaba desesperadamente, si

(8) Rafael F. Muñoz, op. cit., p. 46.

emprendería la captura de Guadalupe Victoria. Pero Santa Anna, sea por amistad por Victoria o sea por haber recibido tantos desaires de Iturbide, se negó a aceptar, fingiendo estar enfermo.

Tan deseoso estaba Santa Anna de conseguir un cargo alto que poco después exhibía ganas de contraer matrimonio con doña María Nicolasa, la tía solterona de Iturbide que tenía sesenta y dos años de edad. Pero es claro que al negarse a pasar por las armas a Victoria, Santa Anna demostró un ímpetu patriótico, o cuando menos un ímpetu moral, que, por desgracia, le desconocen muchos de sus críticos.

Para describir los acontecimientos más importantes de este período, el derrocamiento de Iturbide y la proclamación de la República, otra vez vamos a recurrir primero a las propias palabras de Santa Anna:

“El día 30 de Octubre de 1822 el emperador Agustín I disolvió el Congreso Constituyente... considerándolo hostil a su persona. Días después, emprendió viaje a Jalapa para sacarme de la provincia donde le causaba cuidado por las delegaciones e instigaciones de mis émulos. Su Majestad Imperial sabiendo que no había sido de los adictos a su coronación (nota bene), me destituyó de todos los mandos que ejercía, y dispuso mi traslación a la capital, faltando hasta los usos comunes de urbanidad. Golpe tan rudo lastimó mi pundonor militar y quitó la venda a mis ojos: ví al absolutismo en toda su fiereza y me sentí luego alentado para entrar en lucha con él.” (10)

Santa Anna, por el manejo hábil de palabras y pensamientos, en la susodicha cita, trata de convencer al lector de que Iturbide le quitó los mandos porque sabía éste que Santa Anna desaprobó la disolución arbitraria del Congreso, y que se opuso a su coronación.

(9) Rafael F. Muñoz, op. cit., p. 47.

(10) Santa Anna, op. cit., p. 11.

En cuanto a la coronación, ya se ha visto con cuanto entusiasmo la secundó Santa Anna. Por lo que toca a su reacción ante la disolución del Congreso, esa se expresa en una carta al Ministro de Estado, el cual acababa de enterarle de los sucesos. Escribe Santa Anna: "En el momento en que recibí la Orden Imperial . . . dispuse su publicación en esta plaza y en la provincia de mi cargo, para inteligencia de los habitantes, que aplaudirán la enérgica medida tomada por S.M.I. como la única que demandan las circunstancias, para dar a la felicidad de la nación el impulso que necesita." (11)

¿Cuáles, entonces, eran las razones de Iturbide para la remoción de Santa Anna? En primer lugar, sabía que Santa Anna estaba aumentando cada día su poder en Veracruz. Tanto era su poder que Iturbide para obtener su apoyo, poco antes de ser proclamado Emperador, por fin lo había nombrado Comandante Militar de la provincia y le había conferido el despacho de brigadier "con letras." Además, llegaban a Iturbide quejas de oficiales y comerciantes de la provincia a causa de unos actos arbitrarios que cometía Santa Anna. El acabóse fué un informe privado de D. José Antonio Echávarri. Este había sido nombrado Capitán General de las Provincias de Oriente por Iturbide, al fallecer Loaces . . . pasando por alto así a Santa Anna. Echávarri alegó que Santa Anna, aprovechando un supuesto plan de tomar el castillo de San Juan de Ulúa, lo puso en un lugar desamparado para que lo mataran o capturarán los españoles . . . arriesgando así la plaza de Veracruz para vengarse de enconos personales. Convencido de la perfidia de Santa Anna, Iturbide decidió quitarle del mando, y en vista de la influencia de aquél, se resolvió a hacerlo personalmente.

El "golpe tan rudo" al que se refiere Santa Anna sería probablemente el lance bochornoso en el que un oficial del séquito de Iturbide reprendió a Santa Anna públicamente por sentarse en la

(11) Rafael F. Muñoz, op. cit., p. 69.

presencia del emperador. Eso sería el golpe a su yo que le hizo ver "al absolutismo en toda su fiereza". Tan escarnecido fué Santa Anna que después de despedirse del emperador, se dice que murmuró: "Veremos si don Antonio López de Santa Anna puede sentarse frente a ese emperador. . . ." (12)

En justicia a Santa Anna, debe mencionarse que Valadés dice que Echávarri firmó la acusación contra Santa Anna bajo presión de Iturbide cuando se sublevó Santa Anna, para desprestigiarlo. Dice también que el mismo Echávarri lo confesó más adelante, aunque en sus estudios este investigador no ha encontrado otra mención de esta confesión. (13)

Se dice también que Iturbide le quitó el mando a Santa Anna porque sabía que éste estaba intrigando con los escoceses, con el fin de derrocarlo. Esto resulta muy improbable porque a la sazón los escoceses representaban el partido borbónico, y aunque deseaban el derrocamiento de Iturbide, no querían una República. En cuanto a esto, dice Suárez y Navarro: ". . . Es necesario advertir, que si bien la facción borbónica-escocesa secundaba el plan de Santa-Anna de 6 de Diciembre de 8 de 1822, lo hacía con la pérfida mira de derrocar al monarca, para enseñorarse de los destinos de la nación, y para volver a anudar, si fuera posible, nuestras relaciones políticas con la metrópoli. Esos esfuerzos, esos trabajos del partido escocés por el grito de Veracruz, fueron los que dieron motivo para calumniar a Santa Anna de que tenía el objeto de retrogradarnos a la dominación española. Era de todo punto imposible que el patriota D. Guadalupe Victoria, que el ilustre general D. Vicente Guerrero y que el célebre D. Nicolás Bravo, entraran en un plan cuyas tendencias se dirigían a volvernos a uncir al yugo extranjero." (14)

Sea lo que fuera, Santa Anna atribuye su resolución de pro-

(12) Lucas Alamán, op. cit., p. 678.

(13) Valadés, *Santa Anna y La Guerra de Texas*, p. 53.

nunciarse al tratamiento rudo que sufrió a manos de Iturbide, y en sus memorias dice: "Decidí en ese momento ocuparme seriamente de reponer a la nación en sus justos derechos.

"El cumplimiento de mi resolución demandaba sacrificios y grandes esfuerzos, y yo ninguno excusé. Velozmente me presenté en Veracruz y hablé al pueblo, y al frente de mis soldados proclamé la República el día 2 de Diciembre a las cinco de la tarde." (15)

En los primeros días después del pronunciamiento de Santa Anna hubo una confusión sobre el objeto de éste porque en su primer anuncio no proclamó precisamente una república. Escribió Bustamante: "Como el tiempo todo lo descubre, parece que por su virtud gastadora, se ha sabido que Santa Anna no ha proclamado República, sino que sólo ha pretendido que se reúna el Congreso Constituyente disuelto: que se le ponga en libertad en el lugar que éste elija, y que en él se pronuncie por el gobierno que guste la nación por sus representantes." Pero unos días después, estas dudas desaparecieron, y Bustamante anotó en su Diario que "personas que han visto las proclamas de Veracruz, aseguran que efectivamente aquel Jefe se ha decidido por la República. . . ." (16).

No hay duda de que el establecimiento de una república no fué idea propia de Santa Anna. El mismo confiesa que durante el breve reinado de Iturbide. "Algunos de mis conocidos pretendieron afiliarme (al partido republicano); pero educado bajo la monarquía no estaba preparado para ese cambio, y los oía con desagrado." (17) La inspiración, y todos los historiadores convienen en esto, provino del ministro plenipotenciario de Colombia, D. Miguel Santa María, a quien expulsaba Iturbide por tener ideas republicanas. Por coincidencia, estaba en ese momento en Veracruz, esperando el barco que lo llevara a ese país. Pero prescindiendo de la fuente de su inspiración, todos los contemporáneos de Santa Anna están de acuerdo en que fué él quien proclamó la República.

(14) Suárez y Navarro, *Historia de México*. p. 26.

Unos historiadores modernos tienen vergüenza de admitir que fuese Santa Anna el verdadero "padre" de la República Mexicana. El estado de descrédito en que éste ahora se encuentra, no les deja admitir semejante cosa. Según el relato de uno de estos historiadores, Santa Anna proclamó la República a pesar de sí mismo. Dice que al leer Santa Anna su plan a sus soldados, el que simplemente desconoció a Iturbide y convocó el Congreso, el ministro Santa María echó un grito: "¡Viva la República!" Estas palabras fueron cogidas por las tropas, las cuales con gran júbilo empezaron a repetirlas. Percibiendo el anhelo espontáneo del pueblo en estos gritos, comenzó también Santa Anna a dar "vivas" por la República, y de esa manera la proclamó.

Aunque Santa Anna proclamó la República casi por casualidad, aunque sus motivos en tomar armas contra Iturbide eran indudablemente personales, el hecho es que fué un paso atrevido por el bienestar del país. "Fué . . . un gallardo acto el arrojarlo al ejército imperial con el puñado de soldados que guarnecían a Veracruz. El no sabía, no podía adivinar cómo iban a operar los generales Echávarri, Cortazar y Lobato, enviados en su contra con tropas floridas . . . Su empresa fué en todos sentidos arriesgada (Iturbide tenía 10 soldados contra uno) y contra los dictados de la prudencia y del promedio del sentido común." (18)

En este período, desde la proclamación del Plan de Iguala hasta el derrocamiento de Iturbide y la formación de la República, el oportunismo de Santa Anna se ve fácilmente. Primero se le ve adhiriéndose al Plan de Iguala para salvar al cuello; luego se le ve adulando a Iturbide y buscando favores; por fin, rebelando contra Iturbide para conservar su rango y prestigio, y tal vez su vida. En lo primero, no hay quien que niegue que una vez adherido al Plan de Iguala, Santa Anna luchó por él con energía y valor. En cuan-

(15) Santa Anna, op. cit., p. 12.

(16) Bustamante, *Diario Histórico*, tomo II, p. 11.

to a la busca de favores de Iturbide, son las circunstancias y los tiempos los que tienen la culpa, porque había muy pocos "buenos mexicanos" que no lo hicieran, y no es muy justo echar la culpa a uno cuando todos son culpables. No obstante que el resentimiento de Santa Anna contra Iturbide hubiera sido personal, el hecho histórico es que fué Santa Anna quien encabezó la lucha en su contra y quien proclamó la República. Hablando de estos resentimientos personales, ha escrito Lorenzo de Zavala. "Lo que esto prueba, cuando mucho será, que no fué noble el principio que dió motivo a esta acción." Y es un hecho histórico innegable que luego que se presentó Guadalupe Victoria, cuyos fines estaban fuera de duda, Santa Anna le entregó el mando superior del movimiento.

Al fin de cuentas, puede decirse que Santa Anna era un oportunista, pero hay que admitir que hasta aquella fecha su oportunismo no se había chocado con los intereses del pueblo mexicano. Que él mismo obtuvo ventajas de sus maniobras, no cabe duda; pero también no cabe duda de que en esos momentos tenía las simpatías de la mayor parte del pueblo mexicano.

(17) Santa Anna, ob cit., p. 10.

(18) Eugenio Méndez, *Santa Anna, el Anormal*, Todo, 1934.

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REPUBLICA

Después del derrocamiento de Iturbide, como dice Lucas Alamán, la Historia de México puede llamarse la Historia de las Revoluciones de Santa Anna. Su nombre aparece en casi todas las intrigas de la época. Se menciona en todo movimiento revolucionario, pero muchas veces sin su conocimiento y contra su voluntad. Los primeros años de la Independencia son, sin duda, los más tumultuosos y caóticos que comprende la Historia. A más de las facciones, los borbonistas, los iturbidistas y los republicanos, luchando por el poder, existían individuos que aspiraban a la Presidencia porque a sus ojos, el Presidente era el Rey. En esa época, se sostenía como verdad lo que convenía con los intereses políticos de los escritores. Por eso, la obra del historiador es muy difícil. Con razón dice Suárez y Navarro, hablando de ese período: "En tiempo de agitación y trastorno, los partidos son muy suspicaces: sospechan de todo y por todo. Al acto más inocente se le encuentra analogía con los acontecimientos subsecuentes: y no pocas veces esas conjeturas apasionadas, se transmiten a la historia como verdades inconcusas." (19)

En cuanto a Santa Anna, es muy difícil separar la verdad de la patraña. Como figura principal a la sazón, era el blanco de muchos encomios y de muchas diatribas. Además, en esa época de zozobra las intrigas estaban de moda, y a Santa Anna le gustaba participar en ellas. Así sucedía que a veces estaba envuelto en la intriga, pero no tenía parte en el desenlace. ¿Cómo, entonces, hemos de juzgarlo? La manera más justa de juzgarlo no es por sus maniobras sospechosas, porque todo el mundo en ese período estaba envuelto en intrigas, sino por sus acciones finales cuando las circunstancias demandaron que manifestara sus sentimientos.

(19) Suárez y Navarro, op. cit., p. 93.

El Pronunciamiento de San Luis

La primera vez que se oye la voz de Santa Anna, después de la abdicación de Iturbide, es en su proclama de San Luis Potosí. Se le envió allí con tropas para batir a los iturbidistas, y allí se encontraba cuando terminó la revolución. El país era un torbellino de pasiones. El Congreso, el mismo que servía durante el régimen de Iturbide, no expidió la convocatoria del Congreso Constituyente, como lo debía hacer según el Plan de Casamata. Los partidos y facciones se dividieron, unos en favor de una República Centralista; otros en favor de una República Federalista. Las diputaciones provinciales, siguiendo el ejemplo de Guadalajara, empezaron a declarar a sus propios estados "Libres y Soberanos."

Entre esta confusión, el 5 de junio de 1823 Santa Anna se proclamó "Protector de la Libertad" y anunció un nuevo plan. Este plan exigió que el Congreso reuniera sin demora al Congreso Constituyente, y que el gobierno reconociera la libertad de las provincias. Mucha gente creía que la publicación de esta proclama fué motivada por un deseo de Santa Anna de ocupar el trono vacío de Iturbide. Sin embargo, como se exigió en el plan, el Congreso lanzó la convocatoria, y Santa Anna, creyendo cumplido su propósito, emprendió el camino a México. En esta ciudad se le arrestó y se le acusó de ambicionar el trono de Iturbide. Pero el fallo lo declaró inocente de ese cargo, diciendo el asesor Licenciado Alvarado "que muy lejos de merecer castigo por la revolución de San Luis, era digno de elogio y premio, no menos que por la de Veracruz de que aquella no era más que una continuación." (20).

El Pronunciamiento de Lobato.

Poco después se oye otra vez el nombre de Santa Anna mezclado con rumores de revolución. El 23 de enero de 1824 en la Capital, mientras el Congreso estaba juzgando la conducta de Santa Anna en San Luis, el coronel D. José María Lobato se pronunció con unas tropas, exigiendo que los españoles no ocuparan empleos

hasta que reconociera España la independencia de México. En su proclama, entre los nombres impresos, apareció el de Santa Anna. Al imponerse de esto, Santa Anna escribió inmediatamente al Congreso, ofreciéndole "su espada y su existencia". También hizo circular un manifiesto en que desconoció su nombre en el documento de Lobato. Hay algunos historiadores que dicen que Santa Anna esperaba los resultados del pronunciamiento antes de tomar una parte definitiva, pero no hay ninguna prueba de eso. Puesto que el Congreso le dió la absolución, tenemos que considerarlo inocente.

El "Pronunciamiento" de Veracruz de 1827.

En julio de 1827, hubo un movimiento militar en que también figuró el nombre de Santa Anna. Existe una confusión en cuanto a este suceso. Lorenzo de Zavala por una parte escribe: "Los generales Santa Anna, Barragán y Berdejo formaron un proyecto de dar un "grito" contra el gobierno... y variar las instituciones. . . .Decíase que debían romper al mismo tiempo en Jalapa, en la Joya y en Veracruz, pasando inmediatamente Santa Anna a ocupar el castillo de Perote. El pretexto era destruir las sociedades secretas. . ." (21).

En cambio, Juan Suárez y Navarro dice que el alboroto fué motivado por el nombramiento de D. Ignacio Esteva, Comisario General de Veracruz, de parte del gobierno federal. Esteva era un yorkino notorio, y la legislatura del Estado y el Gobernador Barragán, dominados por las logias escocesas lo rechazaron y lo hicieron salir del puerto. El comandante militar de Veracruz y Ulúa, D. José Rincón, considerando eso un acto hostil al gobierno federal, tomó una actitud muy amenazante, desconociendo inmediatamente las autoridades civiles. Así un acto de rebelión provocó otro. El gobernador Barragán, en esos momentos críticos, no tenía otro remedio que llamar a Santa Anna, que estaba en su hacienda Manga

(20) L. Alamán, op. cit., p. 781-782.

de Clavo, para que sustituyera a Rincón en el mando, contando con el prestigio de aquél para que éste dimitiera. De todos modos, cuando llegó D. Vicente Guerrero, comisionado del gobierno para arreglar el asunto, todo estaba en orden. "A su presencia (Guerrero) desaparecieron todas las inquietudes: Barragán, Santa-Anna y otros jefes del partido contrario al gobierno, lejos de manifestar ninguna oposición a las resoluciones supremas, protestaron que obedecerían cuanto ordenase el presidente..." (22)

A fin de cuentas, esto era un asunto local de poca importancia. Lo importante es que Suárez y Navarro alega que el Santa Anna que se incluye entre los generales en oposición al gobierno no era Antonio, sino su hermano Manuel. Además, dice que los periodistas que le tenían enemistad maliciosamente confundían los dos para desprestigiar a Antonio. Para comprobar esto, inserta una noticia que publicó Santa Anna en los periódicos de Veracruz, poco después de estos sucesos, en la que pidió que se empleara su nombre con su apellido para evitar la confusión con su hermano. (23). Es claro que si no hubiera existido esa práctica, semejante noticia habría sido ridícula.

El Pronunciamiento de Bravo.

Transcurren cinco meses y otra vez tiene Santa Anna un papel en los asuntos públicos. En Otumba el 23 de diciembre 1827 un oscuro teniente coronel Montañó se pronunció, exigiendo la abolición de las sociedades secretas y una reorganización del gabinete. Puesto que la revolución fué comenzada por un hombre poco conocido, todo el mundo estaba convencido de que era meramente un agente subalterno, y que los verdaderos caudillos esperaban la reacción antes de secundarlo. Se creía que Santa Anna estaba entre los comprometidos. "La circunstancia de haberse hecho en Ja-

(21) Lorenzo de Zavala, *Ensayo Histórico*, tomo II, p. 19.

(22) Zavala, op. cit., p. 20.

lapa una reunión considerable de milicia cívica, por disposición del vice-gobernador general Santa-Anna, que se hallaba en el gobierno por enfermedad del general Barragán, y la venida de aquél a las festividades de Pascua, que en aquellos días se celebraban en Huamantla, dió ocasión para que sus émulos le indicaran como comprometido en el plan de Montañó." (24).

Pero no tardó mucho en descubrirse el verdadero jefe de la insurrección. Muy poco después, el general Nicolás Bravo se pronunció en favor del plan de Montañó. En cambio, poco más de una semana después de pronunciarse Montañó, Santa Anna, el 2 de enero de 1828, escribió una carta al ministro de guerra:

"Excmo. Sr.—Habiendo llegado a mi noticia de los alborotos promovidos por el teniente coronel Montañó, y que el general Guerrero ha salido de esa capital a la cabeza de una fuerte división, me ha parecido oportuno ofrecer en estos críticos momentos mi crecida inutilidad, para que el supremo Gobierno la ocupe y disponga de ella del modo que fuere servido. . . ." (25).

Seguramente, el tiempo fué breve para juzgar los resultados del pronunciamiento. Sin embargo, habiendo escrito susodicha carta, Santa Anna se apresuró a marchar con sus tropas a unirse a las de Guerrero, sin esperar la respuesta del Ministro de Guerra. El buen éxito del encuentro con las fuerzas de Bravo en Tulancingo se debió en gran parte a la pericia de Santa Anna, y en el detalle de las operaciones que dió Guerrero al gobierno, se recomendaron los servicios de aquél.

A pesar de estas acciones definitivas, las hablillas persistían en que era implicado Santa Anna en el plan de Bravo. Se decía que había escrito varias cartas a sus amigos en Veracruz, aconsejándoles que se adhiriesen a la rebelión. Zavala dice: "El general D. Antonio López de Santa Anna, que había ido al campo del ge-

(23) Suárez y Navarro, op. cit., p. 86.

(24) Suárez y Navarro, op. cit., p. 93.

neral Guerrero, sirvió activamente en esta acción contra los facciosos, *aunque éstos evidentemente contaban con su cooperación.*" (26).

Pero dice también este mismo escritor, refiriéndose a estos acontecimientos: "La verdad de la historia no puede descansar sobre voces vagas y aserciones, sin más prueba que la presunción que nace de las opiniones que se supone profesar los individuos." (27) Las cartas entre Bravo y Montaña de ninguna manera indican la complicidad de Santa Anna, y si Santa Anna hubiera traicionado a Bravo, éste habría sido el primero que lo hubiera denunciado. Y nunca lo hizo.

(25) *ibid.* p. 93.

(26) Zavala, *op. cit.*, p. 32.

(27) *ibid.*, p. 31.

EL PRONUNCIAMIENTO DE SANTA ANNA CONTRA GOMEZ PEDRAZA

En septiembre de 1828 le tocó a Santa Anna encabezar de nuevo otra revolución. Acercándose la elección presidencial el primero de septiembre de 1828, los candidatos para la primera magistratura se redujeron a dos principales: Vicente Guerrero y Gómez Pedraza. Por sus servicios heroicos y constancia a la causa popular durante las guerras de independencia, aquél tenía las simpatías del pueblo. Gómez Pedraza, que servía como Ministro de Guerra en el Gabinete de Victoria, últimamente había prestado servicios valiosos al Partido Federal, pero su lealtad al gobierno español durante la guerra y sus anteriores afiliaciones con la logia escocesa le causaban grandes perjuicios. Puesto que la elección estuvo reducida a estos dos individuos, el partido compuesto de los españoles, los escoceses, el clero, o sea, los elementos del partido derrotado en Tulancingo, teniendo nada en común con Guerrero, resolvió a respaldar a Pedraza. Esto hizo que la elección se volviera una lucha aguda entre las facciones.

Por fin, las legislaturas de los Estados votaron, y consiguió Gómez Pedraza la mayoría de los votos, once contra nueve. Se decía, y con razón, que éste, aprovechándose de la influencia de su oficio de Ministro de Guerra, había inclinado a los Diputados en su favor por medio de ofertas, amenazas y seducción. Sin embargo, la elección de Pedraza no carecía de legalidad. "El nombramiento hecho en el general Pedraza era legal, y no podía atentarse contra él sin cometer un gran crimen igual al que habían cometido los de Tulancingo." (28) Así, todo el mundo habría aceptado la elección de Gómez Pedraza, si no se le hubiese opuesto Santa Anna, y la marcha de los acontecimientos fué tal, que hasta el autor de la susodicha cita, por fin se puso al lado de Santa Anna.

En sus Memorias, Santa Anna da por causa de la revolución una mira patriótica. "En esos días desempeñaba yo el gobierno del Estado de Veracruz, y viendo grave la situación procuré

conservar el orden: más nada bastó a tranquilizar los ánimos: un movimiento era inevitable. En obvio de males y para no verme envuelto en el torbellino que se preparaba, me adherí a las pretensiones del pueblo, quien pedía que don Vicente Guerrero fuera declarado Presidente Constitucional de la República." (29)

Sin duda, Santa Anna había favorecido a Guerrero y había inclinado a la Legislatura de Veracruz para que votaran por éste. No cabe duda tampoco de que el pueblo favorecía a Guerrero, y de que Gómez Pedraza había recibido el apoyo de los españoles, los escoceses y el clero, eso es, del partido "retrógrado." No obstante, el motivo principal que provocó a Santa Anna a tomar armas contra Gómez Pedraza fué personal. . . y lo admite Suárez y Navarro, uno de los defensores más grandes de Santa Anna.

Realizada la elección de Gómez Pedraza, en lugar de promover la estabilidad del país, los escoceses lanzaron un programa de persecución contra los que les habían contrariado. Por sus simpatías por Guerrero y por haber contribuído a la derrota de Bravo en Tulancingo, uno de los primeros objetos de la persecución fué Santa Anna. Este fué nombrado gobernador de Veracruz, al ser desterrado Barragán por haber secundado el plan de Bravo. Sin embargo, la misma Legislatura, que con Barragán había secundado el plan de Bravo, todavía ejercía sus funciones. Así es que, al triunfar Pedraza, esta Legislatura no perdió tiempo en deponer a Santa Anna. "Este Congreso, dejándose arrastrar del espíritu de partido, y olvidando toda circunspección, pasó de un atentado a otro, hasta consumir su proyecto de quitar el mando al general Santa-Anna." (30).

Que la Legislatura quería deponer a Santa Anna bajo cualquier pretexto, es obvio al leer la descripción siguiente del procedimiento: "La Legislatura había dado un Decreto para que queda-

(28) Lorenzo de Zavala, op. cit., tomo II, p. 59.

(29) Santa Anna, op. cit., p. 17.

ra suspenso el cuerpo municipal (el cual había apoyado a Santa Anna) del ejercicio de sus funciones, Santa-Anna no podía hacer cumplir personalmente este acuerdo por hallarse enfermo; pero por extraordinario violento libró orden al jefe político que estaba fuera de la Villa, para que viniese a hacer ejecutar aquel Decreto. Con este motivo el diputado D. Nemesio Iberri a la una y media de la tarde presentó una acusación contra el Ejecutivo, y a la HORA estaba sustanciado el expediente, y declarado con lugar a formación de causa. Treinta minutos después, el general D. Ignacio Mora era nombrado para suceder en el mando al general Santa-Anna. ¡Portentosa actividad en un cuerpo parlamentario, si hubiese obrado conforme a los principios de lo justo y de lo honesto!". (31).

Santa Anna no tenía otro remedio que entregar el mando a Mora, quien era partidario de Gómez Pedraza. Pero no sabía hasta qué punto se llevaría la persecución porque "... para su causa se le dieron jueces que bien podían figurar en la lista de sus verdugos." (32) Así, a pesar de sí mismo, tenía que tomar ciertas medidas para protegerse. "El general Santa-Anna conoció que sus émulos trataban de arruinarlo, y que no tenía más recurso para salvarse, que aquél que pudiera proporcionarle su espada. La animosidad de sus perseguidores le empujaban a la revolución. . ." (33).

"Estaba, pues, en el caso de preferir la muerte en el campo de batalla, a la del patíbulo que le preparaban Pedraza y sus banderizos." (34). Establecido, pues, el motivo personal, que ni siquiera trata de ocultar su defensor, Suárez y Navarro, éste entonces inyecta la mira patriótica.

(30) Suárez y Navarro, op. cit., p. 103.

(31) Suárez y Navarro, op. cit., p. 103

(32) *ibid.*, p. 107

(33) *ibid.*, p. 106

(34) *ibid.*, p. 107

“Obligado por la conservación de su existencia y de su honor, se decidió a sacar la espada, no sólo para librarse del riesgo personal que le amenazaba, sino para defender la libertad y los principios que había proclamado desde 1823.” (35).

Reconociendo el peligro que corría, Santa Anna, sin perder tiempo, se marchó desde Jalapa a la fortaleza de Perote a la cabeza de ochocientos hombres. Después de ocupar el castillo, lanzó una proclama en que desconoció el nombramiento hecho en Gómez Pedraza para la Presidencia de la República. Declaró también que continuaría la lucha hasta que D. Vicente Guerrero sustituyera a aquél. Santa Anna lanzó su proclama el 11 de septiembre. La noticia de ésta fué recibida en México el día 14. Tanto era el anhelo de acabar con Santa Anna, que el día 17, por decreto del congreso general, se le declaró “fuera de la ley”.

La situación de Santa Anna fué crítica. Sus enemigos lo amenazaban con la muerte en el paredón sin juicio previo. Además, en lugar de iniciar un movimiento general, como esperaba, se encontró solo, encerrado en la estrecha fortaleza con un puñado de soldados. Ni siquiera lo secundó Guerrero, adoptando éste una actitud evasiva. A pesar de lo que dicen Santa Anna y Suárez y Navarro, la revolución no era popular... todavía. “Hasta entonces, esto es, hasta fin de septiembre, nada anunciaba que la voz del general disidente fuese patrocinado por ninguna otra parte, y es evidente que no hubiera tenido buen éxito, si el Ministro Pedraza se hubiese conducido con más justificación y prudencia en sus primeros pasos.” (36) ¡Paso atrevido para un “oportunista” que, se dice, sólo sigue la voz del populacho!

Enviados tres mil soldados en su contra, bajo el mando del general D. Manuel Rincón, Santa Anna se dió cuenta de que su posición era indefendible. Abandonó el castillo, y con sus tropas em-

36- LORENZO DE ZAVALA, OP. CIT., P. 64

35-SUAREZ Y NAVARRO, OP. CIT., P. 108

prendió la marcha a Oaxaca. Hasta allí lo persiguió Rincón, y cada día la situación de Santa Anna iba de mal en peor. Todavía no lo había secundado nadie, y creyendo perdida la causa, Santa Anna buscó una salida de su apuro. Pronto la oportunidad se presentó. El 25 de octubre el Presidente de la República, Victoria, anunció a la nación que los españoles preparaban una invasión del

(36) Lorenzo de Zavala, *op. cit.*, p. 64.

territorio nacional. En esta proclama, instó a los mexicanos que se olvidaran de las luchas de partido y que se unieran al Gobierno Supremo para resistir la invasión.

Tan pronto como recibió Santa Anna noticia de esto, dirigió unas comunicaciones al general Rincón en las que pidió una cesación de hostilidades para batir a los españoles. En su comunicación del 20 de noviembre, Santa Anna dijo que se sometería a las órdenes del Supremo Gobierno con toda su fuerza para marchar a batir las huestes españolas. También dijo que él y los oficiales de su fuerza se someterían al fallo del próximo Congreso General, "bien entendido en que si la soberanía lo juzga criminal (su pronunciamiento), nos sujetamos gustosos a la pena que nos imponga." (37)

Así, Santa Anna presentó un plan decoroso para librarse del compromiso en que se hallaba y poner fin a la guerra intestina. Sin embargo, el gobierno, bajo la influencia de Gómez Pedraza, no se aprovechó de este arbitrio, queriendo sólo que Santa Anna se entregara a discreción, "lo cual equivalía a decir, dice Zavala, que se pusiese en manos de sus enemigos para que le cortasen la cabeza."

En estas circunstancias funestas, llegó la noticia de que en Acapulco, el general Montes de Oca y el coronel D. Juan Alvarez habían ocupado el castillo y la plaza de Acapulco, y que habían proclamado el mismo plan de Santa Anna. Poco después, el gobernador de México, Zavala, otra víctima de las persecuciones de

(37) Lorenzo de Zavala, *op.*, Tomo II p. 75.

Gómez Pedraza, se puso a la cabeza de un grupo de gente armada, y estaba vagando por el Estado de México. Por todas partes, los Estados empezaron a secundar el plan de Santa Anna. Por fin, las tropas de la capital se pronunciaron el 30 de noviembre, y por el plan de la Acordada, formulado por Guerrero, Lobato y Zavala, la revolución de Santa Anna se volvió un "fait accompli." Gómez Pedraza salió al destierro, y Guerrero y Anastasio Bustamante fueron declarados Presidente y Vicepresidente de la República.

No hay duda de que Santa Anna se lanzó a esta revolución por motivos personales, pero tampoco puede negarse que tenía las simpatías de la nación, aunque éstas tardaron en manifestarse. Estos acontecimientos pueden resumirse en las palabras de Lorenzo de Zavala, cuyo espíritu liberal es innegable, y que nunca fué partidario de Santa Anna:

"Yo no tenía ninguna parte en el pronunciamiento del general Santa-Anna; y aunque hubiera desado (sic) que la elección recayese en el Sr. Guerrero, jamás creí que debiese usarse del medio de las armas para hacer salir triunfante un partido. Al Sr. Santa Anna corresponde manifestar los motivos que le determinaron a obrar como lo hizo. Lo que puede asegurarse es, que este valiente patriota se ha colocado más de una vez al frente de la opinión pública, y que ha tenido la gloria de verla desenvolverse bajo sus auspicios. El éxito de esta última revolución, tan general como simultáneamente adoptada por los Estados, y haberla emprendido en las circunstancias en que lo verificó, confirman en el joven general la previsión y el valor de que dió ya pruebas en sus anteriores pronunciamientos." (38).

Esta es la segunda vez que vemos a Santa Anna lanzarse a la revolución por motivos personales (la primera contra Iturbide), pero sea por previsión política o sea por casualidad, en las dos revoluciones recibió el apoyo de la nación.

(38) Lorenzo de Zavala. op. cit., p. 85, tomo II.

LA INVASION ESPAÑOLA

El 1° de abril de 1829 ocupó la silla presidencial D. Vicente Guerrero, y premiado por sus servicios, Santa Anna regresó a Veracruz como gobernador otra vez, y además, comandante militar. Este no aparece en la escena nacional hasta julio del mismo año. En este mes se verificó el desembarco de las tropas españolas en Cabo-Rojo, cerca de Tampico el Viejo. Esta expedición de 3,500 hombres, bajo el mando del general español D. Isidro Barradas, había llegado con el fin de reconquistar a México.

La campaña contra los invasores españoles es uno de los pocos episodios nacionales en que participó Santa Anna sin mancha ninguna. Hasta sus enemigos tienen que aplaudir su iniciativa y energía en aquella campaña. Luego que se enteró Santa Anna del desembarco, hizo préstamos forzosos, se apoderó de todos los buques mercantes y de guerra anclados en el puerto de Veracruz, embarcó sus tropas y ordenó que los buques se hicieran a la vela en pos del enemigo. Algunos han criticado el procedimiento de Santa Anna. Decían que en su prisa atropelladora de encontrarse con el enemigo, no tomó las precauciones necesarias para proteger su flota. Pero en vista del éxito de su campaña, este cargo nunca fue tomado en serio. ¡Qué habrían dicho sus émulos, si hubiera fracasado Santa Anna!

También se decía que sacrificó inútilmente a más de doscientos soldados mexicanos en un ataque sobre el fuerte de la Barra, que fué librado sin probabilidad de buen éxito. En cuanto a esto, puede decirse que un comandante militar que dirige una batalla lleva una responsabilidad tremenda, y la pérdida de unas cuantas vidas no importa si se logra la victoria. Es muy fácil decir, después del ruido y humo de la batalla, que la pérdida no fue necesaria para lograr la victoria, pero no es tan fácil para el Comandante cuando en el momento tiene que hacer la decisión.

Así, firmada la capitulación de los españoles el 11 de sep-

tiembre de 1829, Santa Anna salió de aquella campaña con el rango de campeón nacional, vitoreado por todos. Además de recibir los galones de general de división, fue nombrado "Benemérito de la Patria" y "Héroe de Tampico" y por todo ello fue el ídolo de la nación y el patriota más grande de la hora.

EL PRONUNCIAMIENTO DE BUSTAMANTE

Mientras los generales Santa Anna y Mier y Terán estaban batiendo a los españoles, el gobierno, creyendo que la expedición de Barradas era quizá la vanguardia de una fuerza mayor, había formado un cuerpo de soldados llamado "El Ejército de Reserva". Este ejército se internó alrededor de Jalapa y estaba al mando del general D. Anastasio Bustamante vicepresidente de la República.

Terminada la guerra contra los españoles, Santa Anna se había marchado a reunirse a estas tropas, sin esperar las órdenes del gobierno supremo. Estas circunstancias hicieron que se creyera que los dos generales trazaban una nueva revolución contra el sistema federal para imponer la forma central. Tan fuertes eran las hablillas, que ambos generales tuvieron que desmentir el rumor. El 29 de octubre firmaron y circularon una proclama en que dijeron que no tenían ningún proyecto de revolución, que serían los primeros en dar el ejemplo de obediencia a las leyes y respeto religioso a las instituciones juradas. Sin embargo, como dice el refrán: "Cuando el río suena, agua lleva", estas protestas sólo aumentaron el temor de un nuevo desorden.

Por fin, estos temores se confirmaron el 6 de noviembre de 1829, cuando la guarnición de Campeche se pronunció en favor del gobierno unitario o central. Pocos días después, el 9 de noviembre la guarnición de Mérida secundó el mismo plan. Santa Anna, a la sazón desempeñando el cargo de Gobernador y Comandante Militar, trató de disuadir a los campechanos de su empresa. Fracasando sus esfuerzos, se retiró del mando militar y civil y se dirigió a su hacienda, Manga de Clavo.

El 4 de diciembre Bustamante, bajo el pretexto de restablecer el orden constitucional, se pronunció contra el gobierno. Para ganar más prestigio para la revolución, se aprovechó del nombre de Santa Anna y anunció a sus tropas que "el vencedor ilustre de Tampico no podía ver con indiferencia los males de la Patria por

cuya libertad acababa de prestar tan distinguidos servicios: sus votos estarán en consonancia con los vuestros". (39). Inmediatamente después, el general D. Melchor Múzquiz y el coronel D. Antonio Facio, los que estaban en liga con Bustamante, invitaron a Santa Anna para que adoptara el plan y tomara el mando de los pronunciados.

Zavala dice que Santa Anna "había observado una conducta equívoca mientras se levantaba la tempestad sobre la cabeza de Guerrero; que en lugar de pronunciarse con energía contra la coalición, veía hacer uso de su nombre, de su prestigio, de su reciente gloria adquirida en los campos de Tamaulipas, y emplear su influencia para aumentar el descontento contra la administración". (40).

Al estudiar el asunto, sin embargo, es muy difícil entender porqué se llamaba "equívoca" la conducta de Santa Anna. En primer lugar, invitado a encabezar la revolución el 4 de diciembre, dio su contestación al siguiente día, el día 5. Empezó su respuesta por exponer unos puntos del plan con que estaba de acuerdo. No había nada de reprehensible en esto, sobre todo si recordamos que cada ciudadano de una democracia tiene el derecho de criticar la administración. Es la forma en que se quiere realizar las reformas que importa, y en cuanto a esto Santa Anna expuso claramente sus sentimientos. Su carta continúa como sigue:

"...En todos estos puntos que comprende el mencionado plan estamos de acuerdo, y lo está asimismo, si no me engaño, la mayoría de la nación. No así en el modo: las medidas estrepitosas, las vías de hecho son por lo general origen de funestos choques, que encendiendo los ánimos exaltados terminan en la guerra civil. Que puede temerse un resultado semejante, es muy obvio: el supremo gobierno luego que se imponga de lo acontecido y el plan de

(38) Lorenzo de Zavala, *cp. cit.*, Tomo II, p. 85.

(39) J. M. Bocanegra, *Memorias para la Historia de México Independiente*, Tomo II,

ese ejército pronunciado, se considerara atacado: presentara quizá oposición, y he aquí encendida la primera chispa de una conflagración que puede fácilmente extenderse por todo el territorio de la república.

“No nos desentendamos de lo que nos demuestra la experiencia que nosotros mismos hemos adquirido en largos años. Las revoluciones son verdaderos males de fatal trascendencia; y ya venza este partido, ya el otro, la nación resiente graves perjuicios. Aquellas se forman con los más sanos deseos, mas no hay quien pueda demostrar fijamente cuál sea el curso que seguirán o su precisa conclusión. Hablo de esto con datos, y por tanto estoy resuelto, sí, muy resuelto, a no volver a acudillar jamás otra revolución”.

“No bien se han recibido noticias del pronunciamiento de Campeche por el extraordinario, cuando se forma en este Estado el de ese ejército de reserva sin conexión con el anterior. ¿Qué dirán de esto las naciones extranjeras? Desmerecerá infinitamente nuestra opinión, porque nos considerarán en estado de perpetua revolución. ¿Y será posible que unos momentos en que pudiéramos con muy poca cordura en nuestros pasos, recuperar nuestro crédito, queramos sacrificarlo y mancillar de ese modo nuestras glorias? En tal caso, nuestros bellos triunfos en Tampico contra los invasores, habrían sido infructuosos, y nulas las ventajas que ellos deberían reportarnos. Estas consideraciones no merecen ser desechadas.

“Yo suplico a V. S. se sirva asegurar a todos esos señores jefes. que estoy muy reconocido por el honor que me han dispensado, eligiéndome, para que en unión del Exmo. Sr. General D. Anastasio Bustamante, me ponga a la cabeza del ejército pronunciado y de todos los mexicanos, a fin de dirigir las operaciones. Mi salud se halla actualmente tan deteriorada, que los facultativos han tenido por necesario recomendarme que me abstenga de toda clase de ejercicios violentos, y toda intervención en asuntos públicos que pudieran demandar una excesiva dedicación y causar a consecuencia la ruina de mi constitución física. Nada tengo que exagerar en este

punto, porque cuanto he dicho es notorio, y esa misma notoriedad habla por mí.

“En conclusión, debe V. S. y los Sres. oficiales de ese ejército estar bien convencidos de que mis afanes se han dirigido invariablemente a afianzar la independencia, a hacer estables las instituciones libres, y a procurar todos aquellos medios que contribuyan a encaminar la nación hacia su engrandecimiento y prosperidad. Por tanto, no debe V. S. desconfiar de la sinceridad que me anima, al manifestarle en contestación a la citada nota, con la extensión que advertirá y movido de los mejores deseos a favor del bien general, la opinión que yo he formado, y que V. S. y esos señores jefes adoptaran si fuere de su agrado.

“Entretanto, reproduzco a V. S. las seguridades de mi particular afecto. Dios y libertad. Hacienda de Manga de Clavo, Diciembre 5 de 1829 . . .” (41).

Se ha citado esta contestación casi en su totalidad para demostrar la habilidad política y diplomática de Santa Anna. En primer lugar, esta carta prueba que Santa Anna no estaba entre los conjurados. Si hubiera estado, no lo habrían “invitado” a unirse a los pronunciados, sino que lo habrían esperado, y es claro que no se habría negado Santa Anna. A pesar de ciertos circunloquios, esta respuesta es una negativa definitiva. Pero, ¿cómo se explican los halagos sutiles que contiene esta carta? Por ejemplo, nombrando los puntos con que estaba de acuerdo, y admitiendo que las revoluciones “se forman con los más sanos deseos”, y hablando sólo en términos generales y vagos de las consecuencias fatales de las revoluciones, y por fin explicando su pésima condición de salud, en tal manera que parece que es por eso que no podía aceptar la oferta.

No hay duda ninguna de que estas frases fueron una precaución. Santa Anna entendía, quizá mejor que nadie, su tiempo. Sa-

(40) Lorenzo de Zavala, op. cit., Tomo II, p. 195.

(41) Suárez y Navarro, op. cit., p. 175.

bía que nadie podía demostrar "la precisa conclusión" de una revolución. Para mantenerse en el poder y conservar la vida, se necesitaba ser un equilibrista, y Santa Anna lo era, sin par.

Sin embargo, a pesar de sí mismo, Santa Anna no podía quedarse a un lado en esta lucha. Es interesante observar que no obstante su "salud deteriorada" cuando lo llamaron a tomar el mando otra vez para oponerse a Bustamante, se apresuró a aceptar. Si no tenía Santa Anna principios políticos fijos, cuando menos tenía cierta lealtad por sus amigos y por los que admiraba. Así es que cuando la Legislatura de Veracruz lo llamó para tomar el mando político y militar del Estado, Santa Anna lo aceptó, tomando posesión de ambos mandos el 17 de diciembre. Inmediatamente publicó un manifiesto en que dijo que defendería al gobierno establecido porque "el general Guerrero era el presidente legítimo de la nación". (42) Puesto que la "legitimidad" no le importó un año antes en la elección de Pedraza, hay que suponer que adoptó esa actitud por lealtad hacia Guerrero.

Hasta el 20 de diciembre todos los Estados habían aceptado el plan de Bustamante, menos Veracruz. Este solo Estado, bajo la influencia de Santa Anna, continuaba la lucha en apoyo de Guerrero. ¡Actitud rara de un "oportunista", que en vez de andar con las circunstancias y aprovecharse de ellas, se las opone! El 26 de diciembre, la legislatura de Veracruz publicó un decreto en que desconoció al gobierno de Bustamante, y facultó al gobernador, Santa Anna, para que dictara las medidas para sostener el gobierno de Guerrero. Organizando unas tropas, se marchó Santa Anna con rumbo a Perote, proclamando que pasarían "sobre su cadáver, antes de despojar al benemérito D. Vicente Guerrero de la presidencia". (43).

Entretanto, los acontecimientos se desarrollaban rápidamente

(42) Suárez y Navarro, op. cit., p. 179.

(43) Lorenzo de Zavala, op. cit., Tomo II, p. 196.

te. El presidente Guerrero había pedido permiso al Congreso para que saliera a batir a los pronunciados. Otorgado el permiso, fué electo D. José María Bocanegra para ocupar la presidencia como presidente interino. El gobierno de Bocanegra no duró mucho. Las tropas de Bustamante avanzaron rápidamente sobre la ciudad de México y la ocuparon. Al recibir las noticias de estos sucesos, Guerrero, creyendo la causa perdida, abandonó a sus tropas el 25 de diciembre y se retiró a Tixtla, ciudad de su nacimiento. Al retirarse, dejó a sus tropas bajo el mando del general D. Ignacio Mora, y éste, después de reunir una junta de guerra en Ayacapixtla, el 27 de diciembre se pronunció en favor del plan de Bustamante.

Esta circunstancia del desistimiento de Guerrero, y el pronunciamiento de sus tropas en favor de Bustamante, dejó a Santa Anna en una situación muy crítica. Además, el Congreso, que por medio de un manifiesto había resuelto no asistir a las sesiones, empezó a buscar los medios de legalizar el gobierno de Bustamante. Como si esto no bastara, las tropas de Santa Anna comenzaron a desertar a causa de "la opinión generalmente esparcida entonces, de que el movimiento de Jalapa era para establecer la forma central y destruir esa multitud de cuerpos legislativos, que habían hecho creer a los soldados, absorbían todas las rentas del estado y los dejaban sin el prest." (44).

Así, Santa Anna no tuvo otro remedio que abandonar la empresa. Publicó un manifiesto en que dijo que ya que el mismo presidente Guerrero se había retirado de la lucha, no podía hacer otra cosa que obedecer la autoridad legítima del vicepresidente Bustamante. Este ocupó la presidencia el 1° de enero de 1830 y el mismo día se presentó en la Cámara para abrir las sesiones del Congreso. Este Congreso a poco declaró que el presidente D. Vicente Guerrero estaba "imposibilitado para gobernar la nación", y con este decreto fué legalizado el gobierno de Bustamante.

(44) Lorenzo de Zavala, op. cit., Tomo II, p. 196.

Santa Anna se retiró de todos sus mandos y regresó a su hacienda, Manga de Clavo.

Se le ha acusado a Santa Anna muchas veces de fomentar e impulsar los trastornos y las revoluciones. Este fracaso prueba que sin las circunstancias que exijan un cambio y sin el apoyo del sentimiento popular, Santa Anna era como un globo reventado. Su poder descansaba sobre la intranquilidad, los conflictos, los miedos y las esperanzas del pueblo. Los momentos de trastorno demandan a un hombre con energía y resolución, más bien que a uno con juicio y talento. Así fue como un hombre como Santa Anna pudo ocupar un lugar tan alto en los primeros años de la Independencia.

LA REVOLUCION CONTRA BUSTAMANTE Y EL PLAN DE VERACRUZ

Luego que entró Bustamante en la presidencia, la nación empezó a sufrir graves trastornos. El cuarto artículo del Plan de Jalapa exigió que "se removiesen aquellos funcionarios contra quienes se había explicado la opinión pública". Así es que, en casi todos los Estados, los gobernadores, legislaturas y funcionarios de toda clase fueron variados si no convenían con las miras del nuevo gobierno. Este procedimiento naturalmente provocó una resistencia de parte de los despedidos, la cual, a su tiempo provocó una serie de represalias cruentas.

En el mes de marzo de 1830, el coronel Alvarez ocupó la plaza de Acapulco y se pronunció contra el gobierno de Bustamante. Mientras el gobierno preparaba un ejército, bajo el mando de D. Nicolás Bravo, para salir a batirlo, el general Guerrero salió de su retiro en Tixtla para promover la revolución y ayudar a Alvarez. Al mismo tiempo, el teniente coronel D. Francisco Victoria extendió la revolución a las cercanías de Puebla, para dividir las fuerzas del gobierno y prevenir que Alvarez fuese aislado en Acapulco. El 11 de marzo, D. Juan José Codallos se pronunció, y a la cabeza de un movimiento armado empezó a recorrer los Estados de Jalisco y Guanajuato. "Los pronunciados, pues, tenían una línea demasiado extensa, y unos y otros combinaban sus correrías en todo el litoral de los Distritos, para evitar un golpe de mano". (45)

El gobierno movilizó todas sus fuerzas para acabar con los rebeldes, aprovechándose de las medidas más sangrientas para realizar su propósito. Uno tras otro, los caudillos de la revolución fueron pasados por las armas: Victoria en Puebla, el coronel Márquez y D. Joaquín Gárate en San Luis Potosí, Codallos en Michoacán, y después de muchos otros, esta serie de matanzas culminó en la eje-

(45) Suárez y Navarro, op. cit., p. 206

cución del mismo presidente D. Vicente Guerrero en Cuilapan el 14 de febrero de 1831. "... Se hallaba la República no sólo debilitada por los acontecimientos de armas, sino también disgustada y dividida, en términos de no poderse asegurar que existía una verdadera opinión nacional". (46)

Se ha descrito este estado de trastorno porque un escritor norteamericano dice: "Al tiempo que la administración hacía alarde del espléndido estado fiscal de 1831 y de las buenas probabilidades de paz (!), el coronel Pedro Landero en mando de la guarnición de Veracruz, estaba sufriendo dificultades pecuniarias..." (47) Y sigue explicando este autor que Landero, a pesar de una antipatía personal contra Santa Anna, pidió a éste un préstamo, lo que fué otorgado bajo la condición de que lanzara aquél una revolución. Aunque admite que hayan sido otros motivos por la conducta subsiguiente de Landero, este escritor, por lo que dice anteriormente, alega que Santa Anna perturbó la paz porque desconfiaba en las medidas pacíficas de subir al poder por medio de las elecciones próximas.

Si esto es la verdad, ninguno de los historiadores de la época lo sostiene. El hecho es que no sólo Landero, sino todos los jefes y oficiales de la guarnición y castillo de Veracruz, con el conocimiento de comandante general D. Ciriaco Vázquez, se reunieron en la casa de aquél el 2 de enero de 1832. Este grupo levantó el acta que después se llamó "El Plan de Veracruz". Este plan, jurando la observancia de la Constitución y las Leyes, pidió la remoción de Ministerio y nombró a Santa Anna para que viniese a Veracruz y tomara el mando de las armas. Es irónico notar que los pronunciados citaron como base de su proclama el artículo cuarto del Plan de Jalapa, que pidió la remoción de funcionarios que no tenían la confianza pública.

Que abraza Santa Anna aspiraciones a la presidencia a la sazón, esto se ve claramente en unas cartas que en aquel entonces

(46) Bocanegra, op. cit., p. 202 Tomo II

(47) W. H. Callott, Santa Ana, p. 88

escribió. (48) Que estaba envuelto también en los preparativos del pronunciamiento, parece ser cosa aceptada. "Santa Anna . . . aparentemente retirado de la vida pública en "Manga de Clavo", no dejaba de tener participio (sic) en la formación de los elementos que preparaban un pronunciamiento en el puerto de Veracruz desde mediados de 1831, y que al fin estalló el 2 de enero del siguiente año". (49) Pero esto no quiere decir que Santa Anna por sí solo promovió este movimiento para que se realizaran sus ambiciones personales. Ya hemos visto la larga y cruenta historia de la revolución contra el gobierno de Bustamante. Esta nueva revolución solamente fué otra página, fué la resistencia de los comerciantes españoles a la política de Alamán, que favorecía a los comerciantes ingleses. (50) En cuanto a Santa Anna, podía ser esta revolución la continuación de su primer movimiento contra Bustamante, en el momento que creía más oportuno. No podemos decir, sin embargo, que haya sido el instigador de la revolución, porque ya hacía mucho que había comenzado la lucha. Consideró el momento propicio y quiso sacar provecho del pronunciamiento.

Así es que, en el mismo día que se levantó el acta, una comisión voló a "Manga de Clavo" y según lo acordado, invitó a Santa Anna para que encabezara la guarnición y las tropas. Este aceptó inmediatamente, y el 4 de enero envió a Bustamante la petición de los pronunciados diciendo que: ". . . Al prestarme a apoyar su resolución, me presento, no con objeto de imponer, y sí sólo como mediador, a fin de procurar que todo se consiga sin la menor turbación del orden. . ." (51)

Claro es que esa actitud de mero "mediador" era una precaución en el caso de que fracasara el movimiento. Era la misma

(48) Callcott, op. cit. p., 87

(49) Valadés, op. cit., p. 108

(50) Valadés, op. cit., p. 109

(51) Suárez y Navarro, op. cit., p. 266

(52) Suárez y Navarro, op. cit., p. 266

en el Plan de Jalapa. Sin embargo, siendo el caudillo, Santa Anna tuvo que abandonar ese lenguaje equívoco y afirmar sus propios sentimientos, para asegurar a los oficiales bajo su mando de su sinceridad, porque comprometido como ellos, no podía evitar su responsabilidad. Así es que en esta misma comunicación a Bustamante tuvo que quitarse en parte su disfraz de "mediador" y dar a luz sus propias opiniones:

"...En efecto, tanto las razones vertidas en uno y otro documento, como las que me explicaron las respectivas comisiones de los cuerpos que me fueron dirigidas... *me persuadieron de la gran necesidad de esa remoción*"...

"Sabe V.E. los grandes perjuicios que por no atender a la voz de los pueblos en un caso muy semejante sobrevinieron en una época reciente. (Aquí Santa Anna sin duda se refiere a, y en cierta medida parece justificar, la revolución del Plan de Jalapa contra Guerrero. ¡Siempre el diplomático!) Fácil es ahora evitarlos con la sola medida que se pide; y por tanto *yo ruego* a V. E. encarecidamente que se digné, consecuente a los deseos generales, remover a los actuales señores secretarios..." (52)

El 19 de enero, el senador Bernardo Couto y el funcionario de Hacienda D. Vicente Segura fueron encargados de entrevistarse con Santa Anna y los jefes pronunciados para arreglar el asunto. Si antes de esta fecha había duda sobre la posición de Santa Anna, después se desvaneció. Los enviados, en su parte oficial, después de referir lo ocurrido durante la entrevista describieron cómo terminó ésta:

"El Sr. general Santa-Anna tomó la palabra por conclusión, para manifestar que de diversos puntos de la República se le había instado repetidas ocasiones para que saliese de su retiro y se pusiese al frente de la constitución federal amagada de una ruina próxima; que con efecto se había presentado bajo el carácter de "media-

(52) Suárez y Navarro, op. cit., p. 266

dor", para evitar los males que debía producir una revolución; más que no accediéndose a lo que la guarnición pide, desde luego se ponía a su cabeza para dirigir la empresa de remover a los actuales Ministros, y que no la dejaría de la mano hasta verla completamente realizada: que se proponía librar a los mexicanos del pesado yugo que los agobia, y restablecerlos en el goce de la libertad que el mismo había procurado a la patria por todas las acciones de su vida desde el año de 1821; y que juraba no envainar su espada hasta no quedar esto conseguido". (53)

Perdida toda esperanza de un acuerdo con Santa Anna, el gobierno envió un ejército contra Veracruz, bajo el mando del general D. José María Calderón. Tan lenta fué la marcha de éste, que dió margen a Santa Anna para que organizara una fuerza y fortificara la plaza. Pero dejando a un lado los pormenores militares, ocupémonos con la materia de esta tesis, de las causas de la conducta de Santa Anna.

El Dr. Mora, en su Revista Política, ha dicho que las fuerzas en contra de la administración de Bustamante se componían de dos grupos: "la oposición" y "la revolución". La oposición era compuesta de los que favorecían el progreso, que tenían un programa de cambio social, y que querían derrocar al gobierno de Bustamante por medio de las elecciones próximas, es decir, por medios pacíficos y legales. Este programa estaba personificado en el gobernador de Zacatecas, D. Francisco García, y el diputado, Gómez Farías.

En cambio, la revolución, encabezada por Santa Anna, no tenía nada que ver con principios, reformas ni programas, sino que sólo exigía un cambio del personal de la administración, con la mira ulterior de llevar a Santa Anna al poder supremo. Los sucesos subsiguientes apoyan esta aserción del Dr. Mora.

Durante las primeras semanas de la campaña de Santa Anna,

(53) Suárez y Navarro, op. cit., p. 270

parecía que esta empresa, como tantas otras, estaba destinada a fracasar. Aunque al principio logró unas pequeñas victorias, debido a la torpeza de Calderón, sufrió una derrota seria en Tolomé el 1 de marzo. Este, en vez de aprovecharse de esta ventaja, no emprendió otra operación hasta mediados de abril. Entretanto, Santa Anna reorganizaba sus fuerzas. Además, contrario a lo que esperaba Santa Anna, ningún otro Estado había secundado la revolución. Los de la "oposición", desconfiando de los fines de Santa Anna, rehusaban a unirse a él. Así es que la revolución fué aislada en los muros de Veracruz, con poca posibilidad de buen éxito.

Mientras las fuerzas de Calderón estaban poniendo sitio a Veracruz, el aspecto de la revolución estaba cambiando. A principios de marzo, D. Francisco Vital Fernández se pronunció en favor de los rebeldes. Al mismo tiempo el coronel D. Antonio Barragán hizo lo mismo en San Luis Potosí. El descontento iba creciendo poco a poco. El 27 de abril de 1832 apareció por primera vez el elemento que iba a cambiar por completo el objeto de la revolución, y asegurar a Santa Anna el triunfo de su empresa. En ese día, el general D. Ignacio Inclán se pronunció en Lerma. En su proclama se anunció que:

"... No se reconoce más gobierno legítimo, que el que conforme a la misma Constitución fué electo en 1828.

"Si el caudillo de Veracruz es sincero en sus protestas, vendrá en la necesidad de legitimar al gobierno de la República. . . más si como suponen sus enemigos es sólo movido por miras personales, esta es la mejor ocasión de descubrirlo. . ." (54)

Así por primera vez se puso en conocimiento del pueblo el proyecto de llamar a Gómez Pedraza para que ocupara la presidencia de la República de la cual fué despojado por el mismo Santa Anna. Este hecho merece más comentario.

Se ha dicho que fué un acto de inconstancia de parte de San-

(54) Suárez y Navarro, op. cit., p. 283

ta Anna llamar a la Presidencia al que hizo salir de ese puesto y del mismo país cuatro años antes. Pero el hecho es que ese proyecto no fué ideado por Santa Anna, sino por el ídolo de los reformistas, Gómez Farías. Este, junto con el gobernador García, había escogido al general Inclán para que encabezara el pronunciamien proclamando la restauración de Gómez Pedraza. En su proclama había amenazado tanto a Santa Anna como al gobierno con acciones militares, a menos que aceptaran el plan. Dice el Dr. Mora: "...El deseo del regreso del señor Pedraza era íntimo en el corazón de los señores García y Farías, que habían sido los principales promotores de su elección (en 1828)". (55)

Aunque desistió de la empresa el general Inclán al acercarse una insignificante fuerza de doscientos *hombres*, a las órdenes del general Arista, la semilla ya estaba sembrada. Por todos los Estados iba creciendo la creencia de que sólo la legitimación del gobierno podría poner fin al caos en que estaba envuelto el país. Santa Anna, con gran habilidad política, se dió cuenta de que con esa medida podría unificar el sentimiento nacional, ganar el apoyo de la "oposición", eso es, Gómez Farías, García y los otros, y así quitar todo obstáculo.

El día 9 de julio fué citada una conferencia entre Santa Anna y dos mediadores del gobierno, D. Guadalupe Victoria y D. Sebastián Camacho, Gobernador del Estado de Veracruz. Antes de realizarse esta conferencia, el 5 de julio, todos los jefes y oficiales de la plaza y de la fortaleza de Ulúa, se reunieron y, sin duda bajo la influencia de Santa Anna, levantaron una acta en que desconocieron a Bustamante y exigieron la restauración del legítimo Presidente (Pedraza). Durante la conferencia, "el general Santa-Anna se esforzó en multitud de ocasiones que usó de la palabra, en hacer conocer a los comisionados que el objeto de las actas de 2 de Enero y 5 de Julio había sido reclamar el fiel y exacto cumplimiento

(55) José Luis María Mora, *Revista Política*, p. 72

de la Constitución, evitando las infracciones que por tanto tiempo se habían estado cometiendo: que conforme a esos principios, y porque los reclamaban imperiosamente el bien general y la paz de la República, *se había decidido por la opinión de los Estados en cuanto a que se legitimara el gobierno . . .*" (56)

Como resultado del acta del 5 de julio, Santa Anna, por medio de D. Joaquín María del Castillo, había invitado a Gómez Pedraza a regresar a México a ocupar la presidencia. Esta invitación no tuvo ningún efecto porque creía Gómez Pedraza que no tenía Santa Anna bastante influencia para asegurar el éxito del proyecto. Pero poco después, cuando las Legislaturas de Zacatecas, Durango y Jalisco se pronunciaron en favor del plan, Gómez Pedraza se apresuró a aceptar la segunda invitación de Santa Anna, hecha el 21 de septiembre de 1832.

Terminadas las hostilidades el 11 de diciembre, los jefes de los ejércitos contendientes se reunieron en la hacienda de Zavaleta, en los suburbios de la ciudad de Puebla, el 21 de diciembre. En esta conferencia se acordaron los términos del tratado que dos días después se ratificó y que llevó el nombre de "Plan de Zavaleta". Según este Plan, todas las legislaturas existentes en aquel momento continuarían ejerciendo sus funciones; en todos los Estados se verificarían nuevas elecciones de representantes en sus Legislaturas, estando instalados estos nuevos Cuerpos el 15 de febrero de 1832; estas nuevas Legislaturas elegirían dos senadores y dos personas para Presidente y Vice-Presidente; el ciudadano Gómez Pedraza sería reconocido Presidente Legítimo de la República hasta el 1 de abril de 1832, en cuyo día estaría el nuevo presidente en sus funciones.

En cuanto a las otras provisiones de este tratado, dice el Dr. Mora:

"El resto de este convenio (Plan de Zavaleta) explica más que cualquiera otra cosa la clase de cuestiones que se ventilaban

(56) Suárez y Navarro, op. cit., p. 311

entre la *administración* y la *revolución*. Cambio total del *personal* de la administración pública en la Federación y en los Estados: *ascensos militares* prodigados por los jefes Santa-Anna y Bustamante a las tropas de sus respectivos mandos, sin objeto, sin motivo. . . ; nada de principios, nada de *reformas* políticas, nada que explicase o hiciese disculpables tantos desórdenes, y tanta sangre vertida. He aquí el *término* de una revolución sangrienta, he aquí los *motivos personales* y las *mesquinas pasiones* que animaron a los contendientes". (57)

Así terminó la revolución contra Bustamante, la revolución que por fin puso a Santa Anna en la posición de realizar su más ardiente deseo. . . la Presidencia y el Poder Supremo.

(57) Mora, op. cit., p. 76

(58) Mora, op. cit., p. 78

LA PRIMERA PRESIDENCIA DE SANTA ANNA

“El Plan de Zavaleta” en vista de su insuficiencia en cuanto a reformas sociales, no logró calmar todos los ánimos turbados ni unificar la opinión nacional. Inmediatamente se opusieron a él los Estados de San Luis Potosí y Zacatecas, uniéndose a la oposición a poco, Jalisco, Durango y Querétaro. El Congreso nacional también se le opuso, por estar rechazado, igual que todos los funcionarios y empleados que fueron reemplazados por los vencedores. Así es que “las elecciones se verificaron en medio de este montón de combustibles: los vencidos abandonaron el campo, los vencedores las ganaron en su *totalidad* sin obstáculo. . .” (58)

De las diez y ocho Legislaturas que votaron, recibió Santa Anna diez y seis votos. Gómez Farías, que había sido favorecido por Santa Anna para la vicepresidencia, recibió once votos. Esta combinación de Santa Anna y Gómez Farías estuvo destinada a sacudir los cimientos de la sociedad y provocar uno de los sucesos más fantásticos e inexplicables de la historia de México. De un lado estaba Santa Anna que, aunque durante los diez años anteriores había demostrado cierta consistencia en sus ideas federalistas y liberales, era un jefe militar sin educación social no legal. Como militar, sus intereses eran ligados a los del clero, el cual siempre había resistido las reformas sociales y, naturalmente, cualquiera administración que quisiera limitar el poder y la riqueza de la Iglesia.

Del otro lado estaba Valentín Gómez Farías. Tomando su inspiración del Dr. Mora, sus ideas “radicales” en cuanto a la sociedad y especialmente a la Iglesia eran notorias. Una vez en el poder, no había duda alguna de las miras que tendría su administración, Estos hechos eran bien conocidos, y por ello es muy extraño que Santa Anna lo haya escogido para la vicepresidencia.

Si lo hizo Santa Anna, como decían algunos, para aplacar

(58) Mora, op. cit., p. 78

el partido reformista, que después de las elecciones había obtenido una representación considerable en el Congreso, entonces se impone una pregunta: Si temía Santa Anna las ideas de Gómez Farías, ¿por qué le entregó inmediatamente las riendas del gobierno retirándose a su hacienda, y dejando en pleno poder a Gomez Farías y sus partidarios?

El 1 de abril, en vez de presentarse en México para recibir el cargo de la primera magistratura y prestar el juramento, Santa Anna estuvo en su hacienda, "Manga de Clavo".

Como consecuencia, fué Gómez Farías quien prestó el juramento y entró a ejercer en poder. En vista de su supuesto afán del poder, ¿por qué no se apresuró Santa Anna a tomar posesión de la presidencia y dirigir los destinos de la nación? La razón que él mismo dió, la de pésimo estado de salud, aunque fuese la verdad, era algo sospechosa en vista de la viveza y energía que había demostrado en ocasiones semejantes, cuando quejándose de mala salud había poco después salido corriendo de su hacienda a participar en algún movimiento.

Quizá sea, como dice Valadés, que a Santa Anna no le gustaba el poder, sino la gloria; que en este caso "quería, en realidad, disfrutar de la gloria, por lo que prefería dar el gobierno al partido que él creía dominante." (59) Esta explicación tampoco nos satisface. Tanto los esfuerzos anteriores de Santa Anna en conseguir promociones militares y cargos de prestigio, como sus esfuerzos posteriores en ejercer un poder supremo y absoluto, sin los "estorbos" de un cuerpo legislativo, demuestran su anhelo del poder.

Tomando en cuenta todas las circunstancias y todos los hechos, la única explicación lógica es que en aquellos momentos Santa Anna estuvo de acuerdo con Gómez Farías y sus partidarios y quiso poner en práctica los programas de éste. Como antes he dicho, las opiniones de Gómez Farías en cuanto a la Iglesia y al Ejército eran bien conocidas. Por tanto "...es inconcebible que Gómez Farías hubiese lanzado un programa sin la sanción de su jefe." (60) Todos

(59) Valadés, op. cit., p. 116

los hechos señalaban que Gómez Farías trabajaba con el apoyo de Santa Anna. Sin duda había varias facciones que trataban de crear una discordia entre los dos, y para mejor impulsar la agitación alegaban que en realidad existía ésta. Bocanegra relata que en la sesión del Congreso del 16 de abril de 1834, fueron leídas unas cartas del general D. Antonio Mejía, "que en cierto modo probaban el desacuerdo del General Santa-Anna y Gómez Farías." En esta misma sesión también se presentaron los secretarios del despacho "con una comunicación del General presidente, contraída a manifestar la falsedad de las especies que se habían hecho correr en aquellos días, acerca del rompimiento y discordia entre el presidente y vicepresidente de la república." (61)

En vista de estos hechos, y en vista también del hecho de que algunas de las reformas que causaron protestas fueron adoptadas mientras Santa Anna estaba en posesión del gobierno, o con su aprobación obvia, es claro que tenía Santa Anna confianza en Gómez Farías y que respaldaba su programa liberal.

Se ha dicho también que Santa Anna entregó el gobierno a Gómez Farías, dando por pretexto malas condiciones de salud, para observar la reacción causada por su programa. Si tenía éxito, entonces a él se le debía. Si no, él correría a quitar el mando a los liberales y "salvar" a la nación. Así podía ser el "héroe" y mantener su popularidad todo el tiempo. Pero su colaboración con Gómez Farías y sus declaraciones repetidas de que no había desacuerdo entre los dos, demienten esa aserción. Si en verdad hubiera querido dar la apariencia de estar "ajeno" a los sucesos, no habría afirmado tantas veces su confianza en Gómez Farías.

Todo esto provoca una cuestión interesante: Presumiendo que su salud fuera sólo un pretexto, y aceptando que Santa Anna estuviese de acuerdo con los principios de Gómez Farías en ese mo-

(60) Callcott, op. cit., p. 100

(61) Bocanegra, op. cit., tomo II, p. 546

mento: ¿Por qué no se presentó aquél inmediatamente a tomar posesión del mando, especialmente como hemos visto, si había intrigado y esforzado tanto en conseguir ese mando? Aunque sea difícil de admitirlo, es muy posible que Santa Anna haya tenido un complejo de inferioridad.

Los psicólogos modernos, de modo casi unánime afirman que la ambición y la vanidad extremas son síntomas de un complejo de inferioridad. El más presumido es el más inseguro. Por tanto, es muy posible que un vanidoso, presumido y ambicioso como lo era Santa Anna haya trabajado tanto para destacarse y conseguir el puesto más alto que ofrecía la sociedad, y que al lograr el poder, se haya sentido débil e inseguro. Santa Anna sabía a fondo el mecanismo de un ejército, pero de la función de un gobierno civil era completamente ignorante. Como todos los individuos de esta índole, lo que más temía era un fracaso. Así es que en el principio puso el gobierno en las manos de un político erudito e instruído, hasta que se volviera más seguro de sí mismo o hasta que los sucesos le indicaran cuál camino tenía que seguir. Es interesante notar que en los días posteriores, cuando se hallaba Santa Anna en la primera magistratura, siempre trataba de organizar la administración a la manera de un ejército, sin los estorbos de "responsabilidad" o "procedimiento constitucional". Este aspecto de la personalidad de Santa Anna se tratará con más amplitud en otro capítulo.

EL PRONUNCIAMIENTO DE DURAN Y ARISTA

(Una Comedia de Errores)

Ahora nos toca examinar uno de los incidentes más interesantes en la historia de México. El distinguido profesor Pablo Martínez del Río, de la Universidad Nacional, nos dijo en una ocasión que se necesita un sentido de humor para estudiar esta época de la historia mexicana; que faltando éste, todo lo sucedido se vuelve una tragedia tan lamentable que sólo con un esfuerzo se puede dejar de llorar.

Impulsado por la agitación que causaba la legislación de Gómez Farías, y por la noticia que había recibido de éste de que era preparado un pronunciamiento en contra del gobierno, Santa Anna se trasladó a la Capital, haciéndose cargo de la presidencia el 16 de mayo de 1833. Es claro que la presencia de Santa Anna en el gobierno no apaciguó los ánimos ni del clero ni del partido militar porque el 26 del mismo mes, en Morelia, se registró un pronunciamiento encaudillado por el coronel D. Ignacio Escalada. Las exigencias principales de su proclama eran que los fueros y privilegios del clero de ejército fueran protegidos, y que Santa Anna fuese el "protector" de esta causa. Aquí se verificó la primera paradoja; un militar pronunciándose en contra de las medidas para que encabezara la rebelión contra su propia administración.

Cinco días después, el 1° de junio, el general D. Gabriel Durán en el pueblo de Tlalpam, secundó el Plan de Escalada, y dirigió una carta al presidente en que expuso sus sentimientos. Al recibir esta comunicación, Santa Anna dirigió una proclama al ejército en que dijo:

"Soldados; algunos genios turbulentos que no están avenidos con el reposo de que tanto necesita la nación, pretenden seduciros y apartaros de la obediencia a las leyes. Para que seáis instrumentos pasivos de sus perversas miras, invocan a la religión que todos hemos jurado defender; los fueros de la Iglesia que la constitución garan-

tiza, y las consideraciones que se os deben y a que nunca se faltara. Estos son pretextos para turbar la paz, renovar nuestras disensiones domésticas y ejercer sangrientas venganzas.

“Acaso se invocara mi nombre para envilecerlo. Yo os juro que repruebo todo conato que se dirija a destruir la constitución, y que moriría primero que aceptar otro poder que el designado por ella. Cerrad los oídos a estas criminales sugerencias, y confiad como tantas veces lo hicisteis, en la firmeza con que sostengo mis propósitos. El mío más decidido, es defender sin la vacilación más pequeña la constitución, como nos la dieron nuestros representantes en 1824.” (62)

El mismo día, el 1° de junio pidió y recibió la autorización del Congreso para mandar en persona el ejército. Al día siguiente contestó a la carta de Durán, manifestándole el disgusto que ésta le causó y reprobando su conducta, y salió con el ejército para Tlalpam a batirse con él. Hasta aquí, la conducta de Santa Anna, cuando menos sus actos públicos, había sido absolutamente recta, hasta avisando a sus soldados que se precavieran del posible uso de su nombre. Si esto era sincero, o si era una hábil táctica política, lo veremos más tarde.

Al salir de la ciudad, Santa Anna, que no ignoraba que los oficiales de su fuerza estaban comprometidos en el pronunciamiento de Durán, los reunió y otra vez les manifestó sus sentimientos. “Al llegar a Tlalpam, abandonado ya por los pronunciados, conoció el Presidente el desaliento y frialdad con que iban en la expedición casi todos los jefes, oficiales y tropa, y reuniendo a los primeros en una junta, les manifestó que conocía todos los males de la patria y la necesidad de aplicarles oportuno remedio; que ofrecía lograrlo por los órganos que la ley tenía establecidos; pero que estaba dispuesto a perecer antes que permitir se llevaran a efecto los planes revolucionarios de Escalada y Durán.” (63) Una vez recibidas las protestas

(62) Bocanegra, op. cit., tomo II, p 438

(63) Mariano Arista, *Reseña Histórica*. p. 9

de lealtad de sus oficiales, Santa Anna emprendió el camino en pos de Durán. Al recibir noticias de la proximidad de Santa Anna, Durán había abandonado el pueblo de Tlalpam, y había marchado con rumbo a Cuernavaca, continuando aquél en su persecución. Santa Anna, para librarse del estorbo de seguir con la infantería, se separó de la columna y marchó a la delantera con una escolta de cincuenta dragones, dejando como segundo en el mando al general Mariano Arista.

Este, aprovechando la ausencia de su jefe, el 7 de junio reunió a los oficiales de la división, y juntos se pronunciaron en favor de Durán, desconociendo a Gómez Farías y proclamando a Santa Anna "Supremo Dictador y Protector de la Religión y del Ejército". Para dar parte de lo ocurrido a Santa Anna, envió Arista al teniente coronel Tomás Moreno con una escolta de treinta dragones para que lo alcanzara y lo invitase a aceptar el nombramiento, con órdenes de hacerlo prisionero si se resistía. Al enterarse del pronunciamiento, Santa Anna se puso indignado y se negó a aceptar la oferta, y como resultado fué conducido al pueblo de Yautepec como prisionero de su escolta.

Así son los hechos exteriores, pero en vista de la importancia de estos sucesos, en lo que se refiere a la sinceridad de Santa Anna, y también porque casi todo historiador se ha valido de estas circunstancias para probar la perfidia de Santa Anna, este investigador examinará este asunto con más detalle.

Para presentar el argumento de los que pensaban que Santa Anna fué, si no el resorte principal del movimiento sí un personaje bien comprometido, se citará la interpretación de un nombre cuya respetabilidad es indiscutible, el Dr. Mora.

"El presidente Santa-Anna . . . deseaba ciertamente el poder como posteriormente lo han probado todos los hechos de su conducta pública y privada: pero persuadido de que llegaría indefectiblemente al término sin necesidad de obrar de una manera activa por su parte, se abstuvo de manifestar sus deseos, limitándose a dejar co-

rrer las cosas para que las tropas que estaban a sus órdenes pudiesen adherirse al plan de los sublevados, que lo proclamaba dictador. Santa-Anna creía que su división se pronunciará luego que saliese de Méjico, y ella lo habría hecho *si su jefe hubiera dado el menor indicio de desearlo*; pasó sin embargo el primero y segundo día sin que nadie se moviese, y entonces Santa-Anna conociendo que su presencia embarazaba el pronunciamiento, se separó de sus tropas a algunas leguas de distancia bajo el frívolo pretesto de hacer un reconocimiento de que no había necesidad, pero con las miras reales de que cesase el obstáculo que su presencia oponía a los deseos de los gefes y defección de la tropa. Luego que el general Arista, segundo de la división, se vió solo y con el mando, proclamó el plan de los sublevados, y estando todo dispuesto y arreglado de antemano, el negocio fué de pocos momentos: se le dió parte a SantaAnna, y éste, firme en su propósito de dejar correr las cosas, se mantuvo en un estado pasivo hasta saber el giro que tomaba este negocio en Méjico . . ." (64)

Así el Dr. Mora declara francamente que Santa Anna, aunque adoptó "un estado pasivo", estaba comprometido en el pronunciamiento de Arista y Durán porque deseaba el poder absoluto. Veremos muy pronto qué injusta es esta acusación, y como escribió el Dr. Mora en este punto a base de perjuicios y rencores en lugar de hechos históricos. Desgraciadamente, son estas acusaciones mal pensadas, de hombres de buena reputación, las que se perpetúan. Para comprobar los hechos de este asunto, recurramos a la historia de esta revolución que escribió el mismo Mariano Arista.

Arista relata que el 31 de mayo de 1833, siendo el comandante general de México a la sazón, el general Durán por primera vez le comunicó y le invitó a participar en el pronunciamiento que estaba preparado. Arista se negó y le contestó que sería imposible llevarlo a cabo sin la cooperación de Santa Anna. Durán entonces

(64) Mora, Revista Polítca, p. 82

“se manifestó muy apasionado a la persona del Presidente, me protestó *que nada se haría sin su cooperación*, que se le iba a proclamar Supremo Jefe de la Nación.” (65) Así, Durán le sugirió de una manera muy sutil que Santa Anna estaba comprometido. Al oír esto, Arista le prometió su apoyo porque estaba convencido de la necesidad de la revolución y en su historia dice que “no tenía otro inconveniente en unirme a la revolución, que el convencimiento en que me hallaba de que no realizaría sino tomaba a su cargo la empresa el general Santa-Anna, *quien no me había hecho indicación alguna de sus sentimientos sobre el particular.*” (66)

Emprendida la marcha contra Durán, la incertidumbre se apoderó de Arista porque, como admite el Dr. Mora, Santa Anna no le había dado “el menor indicio” de desear el pronunciamiento. Además, había reunido una junta de oficiales, como ya expuesto, y les había manifestado sus sentimientos en contra de los sublevados. Pero en Tenango, al desprenderse Santa Anna de la columna, no “bajo un frívolo pretexto”, sino porque lo hacía de costumbre, Arista decidió pronunciarse porque algunos jefes lo convencieron de que el general Santa Anna “sin faltar a su decoro personal no podía manifestar de acuerdo en un plan por el que se le proclamaba Supremo Gefe de la Nación.” (67) Hecho el pronunciamiento, dice Arista, “algunos gefes y oficiales *daban por supuesto que el general Santa-Anna estaría de acuerdo*: uno solo me lo preguntó en aquel momento, y yo le contesté (sin afirmar) misteriosamente, *puesto que me convenía fomentar aquella ilusión.*” (68)

Durante la prisión de Santa Anna, a cada oportunidad Arista trató de convencerlo de encabezar la revolución, pero aquél se negó obstinadamente y persistió en su resolución de oponérsele. Por fin, burlándose de sus captores una noche, Santa Anna se escapó y se

(65) Arista, op. cit., p. 8

(66) Ibid p. 9

(67) Arista, op. cit., p. 9

(68) ibid. p. 12

puso a la cabeza de un ejército para batir *activamente* las fuerzas de Arista y Durán. En cuanto a esto, el Dr. Mora dice que Santa Anna tomó este camino a causa de la victoria de Gómez Farías sobre los pronunciados en la Capital. Dice Mora: "... Entró en cuentas consigo mismo, conoció que la dictadura no era tan fácil como se lo había figurado, y creyó más prudente disimular por entonces los deseos que hizo patentes más adelante." Pero a pesar de estas acusaciones directas e inequívocas, el Dr. Mora admite que todos sus argumentos descansan sobre los chismes y hablillas que corrían, porque a continuación dice: "Afortunadamente para él (Santa Anna), la indiferencia que con estudio había manifestado por el poder absoluto que se pretendía conferirle, le abría la puerta para volver al partido del gobierno que *a lo más podría acusarlo de faltas y omisiones que fundasen sospechas, pero no de actos que probasen complicidad con los sublevados.* . . (69)

Acusar a un individuo sólo a base de unas "sospechas" es una gran injusticia, y no da crédito a un historiador. Mora declara a Santa Anna culpable ahora por lo que hizo un año después. Según su raciocinio, sin un hombre es un criminal ahora, lo fué un año antes. Pero los hombres cambian tanto como los tiempos.

Hagamos un breve resumen de estos acontecimientos a ver si se portó Santa Anna con "indiferencia estudiada". Desde el primer momento cuando recibió la carta de Durán, condenó públicamente la actitud de los sublevados. Salió a batirlos, sin dar "el menor indicio" de favorecerlos, y reiterando a cada oportunidad su oposición contra ellos. Después de pronunciarse su propia división, se negó tercamente a unirse a la revolución, y al escaparse de su prisión, volvió a la lucha, derrotó a los caudillos rebeldes y logró su destierro. ¡Y eso se llama un estado "pasivo"!

Ya nos queda un misterio. Si contaba Arista con el apoyo de Santa Anna, ¿por qué siguió él la revolución después de negarse

(69) Mora, op. cit., p. 84

éste a participar? Un historiador moderno dice que Arista se enojó porque la situación lo puso en el ridículo, y por eso se rebeló de verdad, exponiendo a Santa Anna como el autor de la intriga (!). Pero el mismo Arista ofrece otra explicación. Dice que "cuando llegó a México la noticia de mi desgracia en Guanajuato, preguntó el Sr. Farías: ¿Arista ha sido fusilado? No señor, le respondieron, y entonces repuso: Pues todo está perdido. ¿En estas manos quería el general Santa-Anna que yo me pusiera? Era necesario seguir la revolución." (70) Así era el sencillo deseo de conservar su pescuezo que obligó a Arista a continuar la lucha.

LA PRIMERA DICTADURA DE SANTA ANNA Y LA GUERRA CON TEXAS

Terminada la campaña contra Durán y Arista, Santa Anna volvió a ocupar la presidencia el 27 de octubre de 1833. Aunque persistían las hablillas de un desacuerdo entre los dos jefes del Estado, todas las señales indicaban que el vicepresidente todavía gozaba de la confianza de su jefe. El mismo día en que entró al poder, fué suspendida la coacción de parte del gobierno de la cobranza del diezmo eclesiástico. Más tarde fueron autorizado los monjes internados en monasterios y conventos a renunciar sus juramentos y a entrar en la vida secular. Pero lo que más prueba la armonía es que sin degorar las leyes promulgadas por Gómez Farías, Santa Anna pidió y recibió licencia por seis meses con el objeto de reponer su salud, dejando otra vez en el mando al vice-presidente el 15 de diciembre de 1833.

Otra vez en el poder, Gómez Farías continuó los ataques al clero y al partido militar. El resentimiento provocado por estas medidas, combinado con la miseria del erario, hacían que los partidos lastimados volvieran los ojos hacia Mancha de Clavo. Comenzó Santa Anna a recibir toda clase de quejas del gobierno, e instancias de hacerse cargo del gobierno y poner fin a todos los malos. Tanta era la agitación que a pesar de su licencia, Santa Anna anunció su resolución de volver a la presidencia. Al recibir la noticia de esto, Gómez Farías sospechaba las nuevas miras de Santa Anna, pero sin embargo le entregó el gobierno sin resistencia el 24 de abril de 1834. Según la opinión del Dr. Mora, esta decisión de Gómez Farías fué un gran error, debiendo éste impedir el regreso de Santa Anna por la fuerza, para completar su programa de reforma.

Para calmar los ánimos agitados, en una proclama al pueblo mexicano declaró Santa Anna: "La constitución del año de 1824, ha sido y será la brújula de mis operaciones." Con su auxilio es fá-

cil reorganizar el estado. . ." (71) En vista de semejantes proclamas y del hecho de que hasta entonces había observado la Constitución federal, la gente que creía que el programa de Gómez Farías era demasiado radical, pero que sin embargo quería conservar el sistema federal, quedó apaciguada. Pero muy pronto las verdaderas miras del presidente se manifestaron.

La sesiones del Congreso debían terminar el 15 de abril de 1834, pero según la Constitución podían ser prorrogadas en caso de exigencia. Declarada esta exigencia, el Congreso continuó en sus funciones. Compuesto este cuerpo en su mayor parte de simpatizadores de Gómez Farías, no fué visto con buenos ojos por Santa Anna. Así es que el 14 de mayo, el presidente mandó que se suspendiesen las sesiones. Los diputados declararon que el presidente no tenía la autoridad de suspender las sesiones, y no hicieron caso de la orden.

Entretanto se aparecían pronunciamientos en diversas partes de la República. Sin duda había gran descontento popular a causa de las reformas radicales de Gómez Farías, aunque se debe tener en cuenta que por la ignorancia y analfabetismo casi universal de entonces, el partido eclesiástico militar podía fácilmente crear este descontento. Sea lo que fuere sucesivamente empezó a anunciarse una serie de planes, todos saturados de protestas contra las leyes de Gómez Farías. Las instancias principales de estos planes revelan como se desarrollo la opinión "popular".

El primer plan que apareció, el de Puebla el día 11 de mayo, afirmó su lealtad a la forma de gobierno de república federal, y se declaró en contra de cualquier ley que "tienda a alterar el dogma o la disciplina de la iglesia." El acta de Jalapa del 15 de mayo reconoció al "Excmo. Sr. General presidente de la república D. Antonio López de Santa-Anna como "protector de la religión católica apostólica romana", y exigió la revocación de todas las leyes en con-

(71) El Fénix de la Libertad, 4 de mayo de 1834

tra de la Iglesia. El plan de Oaxaca del 23 de mayo empieza con "¡Viva la federación, la religión y el General Santa Anna!" y proclamó al "heroico General Santa Anna por sostenedor de nuestra religión." También desconoció a "toda corporación, jefe o autoridad que se oponga al presente pronunciamiento." Por fin llegó el Plan de Cuernavaca el 25 de mayo que declaró nulas las leyes dictadas por el Congreso: reconoció como "única autoridad" a Santa Anna; exigió la disolución del Congreso; y mandó que la nación se reorganizara "conforme a la constitución y del modo más conveniente a su felicidad."

Así, principiando con una protesta modesta contra las leyes anti-eclesiásticas, los pronunciamientos paulativamente se desarrollaron hasta exigir la derogación de las leyes expedidas, la disolución del Congreso, la dictadura de Santa Anna y quizá la formación de otro sistema de gobierno. Si Santa Anna no tuvo influencia en la formación de estos planes, especialmente el último, todo esto fué entonces una coincidencia extraordinaria, porque no puede negarse que convenían perfectamente con sus miras. Ya había anticipado el último plan con su orden del día 14 de mayo de suspender las sesiones del Congreso, y la aceptación "espontánea" del Plan de Cuernavaca por toda la República, le facultó para seguir su programa con toda fuerza.

Su primer paso fué disolver las cámaras, y el 31 de mayo envió una orden al Presidente de la Cámara de Senadores en que le manifestó lo siguiente: "*S. E. el presidente juzga que, habiendo expirado el tiempo en que las cámaras pudieran constitucionalmente reunirse, éstas no pueden legalmente funcionar en las sesiones que habían suspendido. . .*" la mañana siguiente fué claro que Santa Anna estaba resuelto a dar fuerza a su resolución. "El Fénix" relata lo acontecido ese día así: "Citados los señores diputados para una sesión extraordinaria que debía empezar a las diez de la mañana de ayer (el 1 de junio), concurrieron al salón de sus sesiones, y hallaron cerrada la puerta del edificio con una guardia doble que la

custodiaba. Allí mismo se les informó de que por disposición del gobierno se habían quitado las llaves al portero, y que lo mismo se había hecho con el edificio del senado." (72)

De esta manera Santa Anna quedó en el mando absoluto del gobierno, refrenado sólo por sus secretarios que cambió cuando le dió la gana. Derogó casi toda la legislación de Gómez Farías. Nombró Secretario de Justicia al obispo de Michoacán, D. Juan Cayetano Portugal. Comentó "El Fénix": "La representación nacional ha sido disuelta: el jefe de la república, quiere imperar en ella sin congreso y sin consejo de gobierno: a la razón, ha sucedido la fuerza, y a la ley el capricho de las pasiones." (73) Santa Anna había realizado el plan de Durán y Arista, al cual se había opuesto y derrotado un año antes. ¿Fué esto una coincidencia? Tenía entonces esta mira ulterior, o de veras había él cambiado de opinión?

Como antes he indicado, es la opinión de este investigador que en el principio tenía Gómez Farías el apoyo completo y sincero de Santa Anna. Si el programa de aquél hubiese producido un estado de paz y prosperidad, era muy probable que Santa Anna habría continuado a respaldarlo. En sus memorias Santa Anna dice que derogó los decretos liberales para evitar una revolución, obedeciendo a su conciencia pero esto resulta muy inverosímil. Dice un historiador: "Fué considerado Santa Anna como el libertador de la patria, cuando había sido el móvil secreto de cuanto mal se había hecho. En una polémica que tuvieron él y Gómez Farías, éste probó que el verdadero autor de la ley del Caso había sido Santa Anna." (74) El Dr. Mora comprueba esto, contando que después de escaparse de la custodia de Durán y Arista, "Sta. Anna volvió... a México, resuelto a prestarse a cuanto de él se exijiese, y lo hizo entregándose a los hombres más ardientes del partido del progreso. . .", aceptan-

(72) El Fénix de la Libertad, 2 de junio de 1834

(73) *ibid.*, 4 de junio de 1834

(74) Francisco de Paul de Arrangoiza,
México desde 1879, p. 225, tomo II

do expedir por ellos unos decretos que ellos mismos no se atrevían a promulgar. (75).

Se ha visto como medraba Santa Anna en condiciones de inquietud y alboroto. Es muy posible que, al observar la resistencia amarga a las reformas de Gómez Fariás (y de él mismo), se convenció de que no era éste el camino correcto a seguir. Quizá hubiese pensado en la idea que habían sembrado Durán y Arista, la de la dictadura, y cuanto más pensó en ella, tanto más le gustó. Había observado los gobiernos de Generales y civiles, ignorantes y eruditos, y siempre el resultado había sido el mismo, descontento, miseria, la pobreza y zozobra. Tal vez se hubieran pensado, "Cuando menos no puedo hacerlo peor de lo que lo han hecho". Si así pensó, hay que admitir que tuvo razón.

(75) Mora, Revista Política, p. 85

LA GUERRA CON TEXAS

Dejamos la cuestión de causas de esta guerra a historias de mayor amplitud, así como los movimientos militares que son juzgados por hombres mejor preparados en estos asuntos. Lo que más nos interesa en nuestra busca de sus fines, es la conducta que Santa Anna observó después de la derrota de San Jacinto. En cuanto a la derrota misma, todos los informes indican que no fué completamente suya la culpa, sino fué causada por el cansancio y la confianza de sus tropas. Lo censurable es la precipitación con que Santa Anna operaba. En su determinación de poner fin a la guerra, se le olvidó tomar todas las precauciones que un buen general debe tener en cuenta. Bien sabía que el enemigo que tenía en frente era desesperado y escaso en número, y que la única táctica que le quedaba era sorprender a pequeñas fuerzas, una tras otra.

La fuerza de Santa Anna tenía la superioridad numérica. Aunque él mismo se durmió, había prevenido la vigilancia. Si la vigilancia no estuvo bien organizada, de ello tuvo la culpa el general Castrillón, de la cual fué encargado. Es claro que un general en jefe no puede atender todos los pormenores de su ejército. Pero sí fué culpable Santa Anna de imprevisión cuando con una pequeña fuerza se desprendió del resto del ejército para perseguir a Houston apresuradamente. Aunque sea una distinción casi académica, puede decirse que fué culpable Santa Anna de conducir a sus tropas a donde podían ser derrotadas, pero no fué culpable de la derrota misma. De todos modos, lo que es indiscutible es que la derrota de San Jacinto no fué decisiva y no debía haber terminado la guerra.

La batalla de San Jacinto tuvo lugar el 21 de abril de 1836. El día siguiente, al caer prisionero de los texanos, Santa Anna expidió una orden al general Filisola, segundo en mando, en la que lo ordenó emprender la retirada porque "se ha acordado con el General Houston un armisticio interín se arreglan algunas negociacio-

nes que hagan cesar la guerra para siempre". (76) Así, después de sufrir una derrota una pequeña parte de las fuerzas mexicanas, Santa Anna estuvo resuelto a hacer la paz. Unos días después se puso en claro el motivo de esta resolución. En su mensaje del 27 de abril a Filisola le dijo: "Recomiendo a Ud. que cuanto antes se cumpla con mis órdenes de oficio, sobre retirada de las tropas pues así conviene a la seguridad de los prisioneros, *y en particular a la de su afectísimo amigo y compañero Q. B. S. M.*" (77)

El general Filisola, al recibir la primera noticia, la del 22 de abril, reunió a los generales Sesma, Gaona y Woll, y después de discutir lo ocurrido, decidieron retirarse. Esta conducta de parte de Filisola fué condenada por la opinión pública y por el gobierno. Se decía que en vez de acatar con obediencia ciega las órdenes de un general cuya autoridad ya había dejado de existir, por estar prisionero, las cuales habían sido arrancadas con amenaza de la muerte, él (Filisola) debía reorganizar las fuerzas y reanudar la campaña. Como resultado de su actitud, se le relevó del mando y se le ordenó volver a México a defender su conducta ante un consejo de guerra. Filisola entonces presentó su defensa en la cual manifestó que tanto la suerte que pudieran correr Santa Anna y los prisioneros, como grandes escaseces y la pésima condición física y moral de las tropas le obligaron a retirarse. Fué completamente absuelto, y en el año de 1837 volvió a hacerse cargo del mando del ejército.

Entretanto Santa Anna, rodeado por texanos vengativos que exigían su muerte, había firmado dos tratados, uno público y el otro secreto, a pesar de carecer de la autoridad necesaria para hacerlo. Su orden de luchar sin cuartel en el Alamo y de pasar por las armas a Fanning y más de trescientos prisioneros en Goliad, había enfurecido a los texanos. Bien puede imaginarse que hubiera firmado cualquier tratado para librarse de sus manos. Pero en justicia a Santa Anna, hay que decir que en los dos tratados se limitó Santa

(76) Bocanegra op. cit., p. 964

(77) Ibid p. 695

Anna a dictar las providencias de la retirada del ejército mexicano; (que ya estaba emprendida) preparar las cosas en el gabinete de México, "a fin de que por negociación sea todo transado y reconocida la independencia" (de aquella providencia); y reconocer el Río Bravo del Norte como la frontera de Texas. Es interesante notar que los dos tratados contienen un artículo que asegura el regreso de Santa Anna a Veracruz. Naturalmente sí se violaba un artículo del tratado, todo quedaba nulo, y de esta manera quedó garantizada la vida de Santa Anna.

Sin duda sabía Santa Anna que los tratados serían declarados nulos por el Congreso y que carecía de la autoridad de firmarlos. Pero reconoció su peligro y se apresuró a desempeñar un papel con que podía salvar la vida, sin dar nada en cambio. Sobre este punto escribió Roa Bárcena: "En cuanto a Santa Anna, justo es notar que si se acobardo en San Jacinto y dictó providencias que se le impusieron como rescate de su vida, la expuso después constante y resueltamente en la defensa nacional. (78)

Sin embargo, mi opinión está formada en el sentido de que el peligro que corría Santa Anna no constituyó una disculpa legítima de su conducta, ni para el acto de ordenar la retirada, ni para el de firmar cualquier tratado. Al fin y al cabo, no se trataba de un soldado raso, sin responsabilidad y sin prestigio. Hay que tener presente que además de general en jefe del ejército, era Santa Anna el Presidente Constitucional de la República. El pueblo mexicano tenía el derecho de esperar una conducta más pundonorosa de parte de su presidente. ¿Quién puede adivinar el giro que hubiese tomado la campaña, si no hubiera ordenado Santa Anna la retirada? ¿Y quién puede negar la gloriosa fama de mártir que habría logrado Santa Anna, si hubiera muerto a manos de los texanos?

(78) Roa Bárcena, op. cit., p. 357 tomo I

LA GUERRA DE LOS PASTELES Y LA DICTADURA DE 1841

Después de la desgracia de San Jacinto y el viaje subsecuente a Wáshington, Santa Anna regresó a Veracruz, a bordo de un barco proporcionado por el presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, desembarcando a principios de febrero de 1837. Se encontró en descrédito absoluto, y con una prisa atropellada empezó a escribir una justificación de su conducta antes y después de la derrota de San Jacinto. Algunos diputados del Congreso instaban que no tuviese Santa Anna mando militar o civil hasta que se justificara, y a que se le considerase traidor a la República. Sin embargo quedó Santa Anna reconocido en su rango de Presidente, y después de publicar su historia de la campaña de Texas, fué absuelto por el gobierno de toda culpabilidad. Así quedaron vindicados Santa Anna y Filisola. Tuvieron la culpa el destino y los muertos, los cuales no podían defenderse.

Para entonces, había entrado ya en vigor la nueva constitución centralista, la cual Santa Anna había iniciado antes de entregar el gobierno al Presidente Interino Miguel Barragón en enero de 1835. Por fallecimiento de éste, en esos momentos se encontraba José Justo Corro como Presidente Interino. Aunque Santa Anna juró la constitución que acababa de publicarse, no se hizo cargo de la presidencia, reconociendo la antipatía general que le tenía el pueblo. Se contentó con anunciar que estaba decidido a retirarse de los asuntos públicos, y se marchó a Manga de Clavo para curar sus heridas. Pero el tiempo pronto descubriría que esto era sólo un breve descanso, y que Santa Anna había contraído una sed insaciable de poder.

A principios de 1837, se verificó la "elección" del Presidente según la nueva Constitución. Esta elección consistió en la formación de una terna por el Congreso, la cual fué remitida a las Juntas Departamentales (ya no existían los Estados) para que de ella eligiesen una persona para Presidente de la República. La terna estaba compuesta de Anastasio Bustamante, Nicolás Bravo y Lucas Ala-

mán. Los primeros dos eran centralistas notorios. También los dos habían desempeñado anteriormente la vicepresidencia y encaudillado una revolución en contra de sus jefes respectivos. Lucas Alamán era un político de gran prestigio, cuyas tendencias centralistas y antidemocráticas también eran notorias. El general Bustamante recibió la gran mayoría de los votos, y se encargó de la Presidencia el 19 de abril de 1837.

Casi en el mismo momento en que estaba tomando posesión de su cargo, se registró un pronunciamiento en San Luis Potosí por el sistema federal, seguido poco después de otros en Veracruz, Zacatecas y Chiapas. Aunque el gobierno logró pacificar estas asonadas, la agitación en favor de la restauración de la Constitución de 1824 y del sistema federal continuaba creciendo. Además de esta amenaza de una guerra civil, sobrevino el peligro de una guerra extranjera. El Rey de Francia, Luis Felipe, con miras expansionistas envió una flotilla francesa a amagar las costas de México, bajo pretextos frívolos. Entre estos estuvo una reclamación por unos pasteles ingeridos por algunos soldados mexicanos en la pastelería de un francés. Debido a esto, fué llamado la guerra: "La Guerra de los Pasteles". Estos barcos llegaron en abril de 1838 y se estableció un bloqueo de todos los puertos que el país tenía en el Golfo.

El gobierno mexicano se rehusó a negociar con los franceses mientras sus buques de guerra estuviesen en aguas mexicanas, y por fin se declaró la guerra el 27 de noviembre de 1838. Inmediatamente los franceses atacaron el Castillo de San Juan de Ulúa y la plaza de Veracruz, logrando la capitulación de los dos en muy poco tiempo. El gobierno reprobó estas capitulaciones, y relevó del mando al general Rincón, encargando a Santa Anna la defensa de la plaza. El 5 de diciembre los franceses, efectuaron un desembarco, y se dirigieron a la habitación de Santa Anna con el objeto de tomarlo prisionero. Este, logrando burlar esta tentativa, se puso a la cabeza de una fuerza y dió batalla a los franceses, obligándolos a reembarcarse. Durante esta lucha, sufrió una herida que resultó en la pérdida de su pierna. Hay los que dicen que el ataque que dirigió

Santa Anna fué inútil, porque de todos modos estaban reembarcándose los franceses. Sea lo que fuera, es importante este lance porque con su mutilación fueron lavados con sangre todos los pecados anteriores de Santa Anna, y de nuevo convertido en héroe nacional, la puerta al poder otra vez estaba abierta para él.

Entretanto, los gritos en contra de la Constitución de 1836 se volvían más y más fuertes. Los federalistas adoptaron el lema: "Queremos constitución sin cola y pura federación". De esta frase provino el apodo "puro", de entonces en adelante aplicado al partido liberal. En el mes de diciembre de 1837, en el Estado de Sonora es pronunció el general José Urrea en favor del sistema federal y la Constitución de 1824. Pero este movimiento no tenía fuerza hasta a fines del año siguiente, cuando este general y el general José Antonio Mejía se pusieron de acuerdo en Tampico. La combinación de estos dos generales creó una situación peligrosa que el gobierno no podía desatender.

Santa Anna vió en esta agitación la oportunidad de recuperar el poder supremo. Con un anhelo febril por el poder, sin esperar hasta que se curasen las heridas de su pierna amputada, emprendió el camino, en litera, a México. No había motivo ninguno por este viaje, con la excepción de exhibirse al pueblo mexicano como un héroe desprendido, roto y mutilado en la defensa del honor nacional. Sin duda sabía también que su presencia sería embarazosa para el gobierno, y que en caso de exigencia sería muy conveniente si él se hallase en la Capital. Santa Anna conocía a fondo la mentalidad del pueblo mexicano, y sabía que esta escena dramática y lastimosa no dejaría de conmover los ánimos de sus compatriotas. Su marcha a la Capital fué muy lenta, dando margen de esta manera a la organización de recepciones teatrales en cada ciudad de su itinerario. Por fin, el 17 de febrero de 1839 entró a la Capital entre salvas, repiques y arcos de triunfo. Otra vez tenía la nación a sus plantas.

El momento propicio no tardó en llegar. A principios de marzo, la rebelión de Urrea y Mejía había tomado un giro tan se-

rio, que el presidente Bustamante tuvo que pedir permiso al Congreso para salir a batirlos. Según la Constitución, debía ocupar la Presidencia el Presidente del Consejo, pero éste, por coincidencia feliz para Santa Anna, estaba imposibilitado. En tal circunstancia, no podía pasar por alto el Supremo Poder Conservador la presencia conveniente de Santa Anna, y quedó éste electo Presidente Interino. Al enterarse de esto, vaciló Bustamante, temiendo dejar a Santa Anna en el poder mientras estaba ausente. Sin embargo, Santa Anna le convenció de sus miras desprendidas, y salió Bustamante aunque con ánimo intranquilo. El 18 de marzo Santa Anna tomó posesión, pero quejándose de su salud no se presentó en persona, presentando los ministros el juramento en su nombre. Muchos escritores dicen que fingía estar enfermo, para más llamar la atención a su sacrificio. En vista de la índole de su herida, sin embargo, es muy posible que haya estado imposibilitado de veras. Es difícil creer que Santa Anna hubiese perdido la oportunidad de presentar el espectáculo de su figura patética prestando el juramento en la cámara del Congreso.

Otra vez en el poder, empezó a ejercerlo en serio. En abril dictó órdenes limitando la libertad de la prensa. Mandó arrestar cualquiera persona que turbara el orden público. En mayo pasó por alto la Constitución y se puso a la cabeza de unas tropas para batir a Mejía, que estaba aproximándose a Puebla. Venció a éste y regresó a la Capital, más héroe que nunca. Olvidando su posición interina, en junio dirigió una iniciativa al Congreso con el objeto de reformar la Constitución. Por fin, sea por el mal estado de su salud, que alegó, o sea por el próximo regreso de Bustamante, habiendo cesado las hostilidades, entregó Santa Anna el gobierno al Presidente del Consejo, Nicolás Bravo, y partió para su hacienda. Había gustado el poder, y juzgándolo sabroso, quería trazar los planes de recobrarlo... de una manera más permanente.

La Dictadura de 1841

Cuando Bustamante regresó, ya se había dado cuenta de

que Santa Anna codiciaba el poder. Empezó inmediatamente a dictar las providencias para debilitar su influencia. Derogó la mayor parte de los decretos que Santa Anna había expedido; despidió al antiguo amigo de Santa Anna, Tornel, del gabinete; y en octubre relevó del mando militar en Veracruz al mismo Santa Anna. En julio de 1840, Bustamante hizo una paz con el general Urrea, que se había escapado de la cárcel para encabezar otro pronunciamiento en favor de la Constitución de 1824, al recibir la noticia de que Santa Anna estaba marchando de Veracruz con tropas para "salvarlo". Es claro que temía la presencia de éste en la Capital, especialmente acompañado de tropas.

Por todas partes de la República, continuaban a verificarse pronunciamientos en favor de un cambio político. Yucatán se declaró independiente de México, y en unión con Texas, preparaba acciones ofensivas. Para quitar la presencia molesta de Santa Anna, le encargó Bustamante la campaña de la reconquista de los Departamentos rebeldes, y de su propio caudal proporcionó aquél unos treinta mil pesos para comprar y armar unos buques de guerra. Pero antes de que pudiese dar un paso, otra vez fué sacudida la República por el grito de un pronunciamiento.

El 8 de agosto de 1841, se sublevó en Guadalajara el general Mariano Paredes y Arrillaga. En su Plan exigió que: se convocara un congreso extraordinario para reformar la Constitución; y que el Supremo Poder Conservador encargara el ejecutivo "a un ciudadano de su confianza". Poco después, en la Ciudadela de la Capital, se pronunció el general Gabriel Valencia. Su Plan era lo mismo en lo esencial que el de Paredes, difiriendo de éste en la manera de nombrar el ejecutivo interino. Los dos Planes exigieron que se desconociera al Presidente actual. Se puso en claro que esta revolución tenía como objeto principal un cambio de personal, y nada de reformas, cuando fué rechazada la iniciativa de la administración el 12 de septiembre que casi otorgaba lo que demandaban los pronunciados.

El verdadero caudillo de la revolución no tardó en quedar

descubierto. 'Casi al principio de la revolución corrió la noticia de que el Comandante de Veracruz, General Santa Anna, se hallaba de acuerdo con las ideas de los pronunciados. Así lo indicaban sus notas oficiales, y señaladamente aquella en que se presentaba como mediador en principios de septiembre, diciendo que hacia responsable al ministerio ante la nación, del derramamiento de sangre por un solo tiro que se disparase, y por la más pequeña violencia que se hiciese al General Paredes". (79) Otra vez se aprovechó Santa Anna de su táctica predilecta de presentarse como mero mediador, pero en vista de las miras manifiestas del pronunciamiento, no engañó a nadie. El 9 de septiembre quitó hasta este disfraz inadecuado, cuando por una proclama formal desconoció a Bustamante y secundó el plan de Valencia. Con todo listo para el asalto final, a la cabeza de sus tropas empezó a avanzar sobre a Capital:

En estos momentos críticos, no supo Bustamante qué hacer, y con un relámpago de inspiración mandó reunir a sus tropas: ¡y se pronunció en favor de la república federal! Pero ya estaba Santa Anna en las cercanías de la Capital, y no tuvo efecto alguno este pronunciamiento. Bustamante se encargó del mando militar y salió a batir a Santa Anna, dejando en el Poder Ejecutivo a D. Javier Echaverría. Dándose cuenta de su debilidad política y militar, Bustamante se mostró dispuesto a entrar en negociaciones con Santa Anna, y con este fin se firmó un armisticio el 27 de septiembre. El día siguiente los jefes del ejército vencedor se reunieron en Tacubaya y se acordaron las bases para la reorganización del gobierno. Estas resultaron casi las mismas anunciadas en los planes anteriores, con una excepción: que el General en Jefe del ejército vencedor (Santa Anna) nombrara una junta compuesta de dos representantes de cada Departamento, "con el objeto de que estos designen *con entera libertad* la persona en quien haya de depositarse el ejecutivo provisional".

(79) Bocanegra, op. cit., p. 806

Puesto que los representantes debían ser ciudadanos del Departamento que habían de representar, "inmediatamente se emprendió una busca frenética en la Capital para reunir a los hombres que tuvieran los requisitos necesarios y cuyas opiniones políticas fueran aceptables (who thought right)". (80) Así es que reunidos estos cuarenta y cuatro representantes el 9 de octubre, "con entera libertad" nombraron a Santa Anna, recibiendo éste treinta y nueve votos.

El 10 de octubre de 1841 entró a la Presidencia Santa Anna por la sexta vez. De esta fecha hasta el 6 de diciembre de 1844, ejerció el poder absoluto y despótico, o en persona o por medio de un caudillo nominal, mientras gozaba de sus licencias frecuentes. Durante este período legislaba a su antojo, otorgaba títulos profesionales a quien le gustara, despedía a sus ministros cuando le daba la gana y disolvía el Congreso cuando le convenía. Se presenció en esta época la glorificación del ejército con uniformes extravagantes y el espectáculo increíble de la ceremonia espléndida y solemne que se verificó al ser enterrada a pierna amputada de Santa Anna en el cementerio de Santa Paula. Esta orgía de poder continuó hasta diciembre de 1844 cuando por el odio de los liberales y federalistas y la envidia de sus émulos, fué derrocado por medio de una revolución. Después de una prisión bochornosa en Perote, se embarcó para Cuba . . . en destierro por primera vez.

(80) Callcott, op. cit., p. 175

LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

Para muchos mexicanos, en lo que se refiere a Santa Anna, la guerra con los Estados Unidos eclipsa todo el resto de su carrera política y militar. Estas personas, por lo general, saben muy poco de su historia extensa. Para ellos, esta guerra es el apogeo de su carrera, cayendo después Santa Anna en el abismo del descrédito y del odio más merecidos. Se olvidan de que Santa Anna regresó unos años después de ejercer el poder supremo más absoluto que nunca. En varias ocasiones, he tratado de discutir este personaje con mexicanos, para comprobar la opinión que en nuestros días se tiene de él. Entre gente iletrada así como personas bien educadas, la primera observación suele ir así: "¡Ese traidor! ¡Vendió la mitad de nuestro territorio!" Examinemos este episodio para determinar si hay algo de verdad en esta acusación, o si sólo descansa sobre una "leyenda negra".

En el capítulo anterior vimos a Santa Anna embarcándose rumbo a Habana, en destierro. Allí se encontraba cuando se anunció que las fuerzas norteamericanas estaban avanzando hacia la frontera. Además de pasar el tiempo con los juegos y los gallos, había mantenido Santa Anna un contacto estrecho con los asuntos mexicanos, por medio de correspondencia y emisarios. Así es que empezó a trazar sus planes para volver a México a ocuparse una vez más con sus destinos. Habiendo la marina norteamericana impuesto un bloqueo de los puertos mexicanos, el problema de Santa Anna fué, ¿cómo burlarlo y entrar en el país? Su solución de este problema puso la sombra de sospecha, desde el mismo principio, sobre sus fines y su patriotismo.

Según el diario de James K. Polk, a la sazón Presidente de los Estados Unidos, se presentó en su despacho en febrero de 1846 un hombre apellidado Atocha. Este alegó ser representante de Santa Anna, e informó a Polk que aquél favorecía un tratado con los Estados Unidos por el cual se vendería todo el territorio al norte del Río Bravo. Para realizar esto, necesitaba la ayuda de los Estados

Unidos para regresar a ocupar la Presidencia. Y para llevar a cabo este plan, este agente pidió un pago inmediato de quinientos mil dólares. Desconfiando de Atocha, el Presidente Folk decidió gestionar directamente con Santa Anna, y con este fin envió al comandante Mackenzie a Cuba. Llegó éste el 5 de julio, y el día siguiente habló con Santa Anna, enterándole de los deseos de los Estados Unidos y de la buena voluntad con que el gobierno americano ayudaría a Santa Anna, si facilitaba el arreglo del tratado. También informó a Santa Anna de que Polk había expedido una orden a la marina norteamericana para que pudiera entrar Santa Anna libremente a México. Contestó Santa Anna en términos generales y halagadores, y le dió a Mackenzie alguna información de índole militar, de carácter tan general que sin duda y estaba en el conocimiento de los militares norteamericanos.

Entretanto, en México todo estaba preparándose para su regreso. Todos los partidos se pusieron de acuerdo en que el único hombre que podía salvar la nación era Santa Anna. "Se busca y se acepta su cooperación, porque no hay otra mejor. . . El panorama del ejército es desolador: no hay nadie que pueda asumir el mando supremo si no es Santa Anna". (81) Hasta los federalistas se volvieron santanistas y se oyó el grito, "Federación y Santa Anna". El 4 de agosto el general Mariano Salas se pronunció en contra del gobierno de Paredes, exigiendo "Federación y Santa Anna". Después de encarcelar a Paredes, él mismo ocupó la Presidencia hasta que llegara Santa Anna. Todo estuvo preparado para su regreso triunfal.

El 16 de agosto desembarcó Santa Anna en el puerto de Veracruz. Pero en lugar de vítores y aplausos, fué saludado con frialdad y desconfianza. Había desembarcado a la plena luz del día, con el obvio permiso de la escuadra norteamericana. ¿Quién no hubiera sospechado una traición? El diputado Ramón Gamboa,

(81) Muñoz, opt. cit., p. 276

en su "Impugnaciones al informe del general Santa Anna", hizo hincapié en este episodio, considerándolo como la prueba conclusiva de la traición de Santa Anna. Sin embargo, casi todos los historiadores modernos convienen en que no hubo traición de parte de Santa Anna. En primer lugar, la orden de Polk había sido expedido el 13 de mayo, es decir, antes de la entrevista con Mackenzie. Además, todavía debe ser comprobado si era Atocha el agente verdadero de Santa Anna o un estafador trabajando por su propia cuenta. Y aunque fuera Atocha su agente, eso tampoco prueba nada, porque se verá más tarde que Santa Anna no tenía repugnancia en aceptar dinero de los norteamericanos con la mira de engañarlos. Sabiendo las consecuencias de ser admitido libremente al país, Santa Anna trató de entrar subrepticamente. Fracasando en esta tentativa, no tuvo otro remedio que aprovecharse de su paso libre. Puesto que la orden fué dada antes de su plática con Mackenzie, no había dado nada en cambio. El mismo Mackenzie admite que Santa Anna no le pidió dinero.

¿Por qué, entonces, expidió Polk dicha orden? Cuando el pueblo norteamericano se enteró de que había regresado Santa Anna a México con el permiso del gobierno, el Congreso demandó al Presidente una explicación de su conducta. Este le contestó que lo hizo con el objeto debilitar el gobierno mexicano por promover luchas facciosas. Reconoció su propia equivocación, pero ya fué tarde. Escribió Roa Bárcena: "Santa Anna se aprovechó de esta circunstancia (la de la orden de paso libre) a poco de la caída de Paredes; y en los Estados Unidos, al ver su actividad y empeño en la organización de la defensa nacional, era muy lamentado el error político que le había permitido llegar a nuestras playas". (82)

Sin embargo, a partir de su llegada sospechosa, el pueblo mexicano tenía una excusa ya hecha para cualquiera desgracia: "Santa Anna nos traicionó". En efecto, el mismo Santa Anna tenía

(82) Roa Bárcena, Recuerdos, etc., p. 136, tomo I

mucha de la culpa de fomentar esa ilusión. Consideremos las negociaciones secretas que Santa Anna entabló en julio de 1947.

Después de las victorias logradas por los norteamericanos en Veracruz y Cerro Gordo, el ejército se detuvo en Puebla, preparándose para el asalto de la Capital. Ese momento se creía oportuno para hacer gestiones de paz, y con este fin fué comisionado Nicolás Trist para entregar la nota del Secretario de Estado de los Estados Unidos al Ministro de Relaciones de México. A mediados de junio, fué entregada la nota al gobierno mexicano por medio de los diplomáticos ingleses. El Congreso discutió la comunicación sin que se tomara resolución alguna. Así quedó el asunto oficialmente.

Poco después, unos agentes confidenciales de Santa Anna se presentaron a Trist y le manifestaron que Santa Anna "no creía posible arreglar el ajuste de la paz sin el empleo de un millón de pesos exhibible por el invasor a la conclusión del tratado, y a buena cuenta de cuya cantidad tendría que entregar diez mil pesos desde luego". (83) Trist inmediatamente dió informes de lo ocurrido a los jefes norteamericanos, Scott y Pillow. Scott se manifestó dispuesto a aceptar la oferta, pero Pillow, juzgando un soborno reprochable, se negó. Pero después de oír los argumentos de Scott, aquél cambió de parecer. Fué aceptada la proposición y fueron pagados los diez mil pesos.

Pasaron muchos días sin resultado alguno, y los jefes norteamericanos empezaron a desconfiar del arreglo, al recibir noticias de la actividad infatigable que desplegaba Santa Anna en la construcción de fortificaciones en la Capital. A poco, por medio de una comunicación confidencial, Santa Anna informó a Scott que sería necesario que el ejército norteamericano avanzara y amagara la Capital. Y unos días después, le comunicó que todo quedaría arreglado si atacaba y tomaba un punto de la defensa del Valle de México. Considerando la actividad con que preparaba la defensa de

(83) Roa Bárcena, op. cit., p. 156, tomo III

la Capital y estas condiciones, Scott y Pillow se alarmaron y enviaron una nota a Santa Anna con la cual pusieron fin a las negociaciones.

No hay duda de que esto fué un ardid de parte de Santa Anna con el objeto de detener el ejército invasor en Puebla mientras preparaba la defensa de la Capital, para conducirlo a atacar con pocas tropas una posición mexicana, esperando una victoria fácil y encontrando una resistencia fuerte. Sin embargo, fué un ardid muy peligroso, porque todas estas triquiñuelas en conjunto servían para quitar a Santa Anna la confianza del pueblo y del ejército. De entonces en adelante cada desacierto suyo se consideraba una traición, y cada acción suya estuvo sujeta a dos interpretaciones. Por ejemplo, al disparar Santa Anna el último cañonazo a los norteamericanos cuando ya abandonaban las tropas mexicanas la Capital, sus amigos decían que fué un símbolo de su resolución de combatir hasta el fin, mientras sus enemigos alegaban que fué la señal acordada, con la cual informó al invasor que podía entrar en la ciudad con seguridad.

Al caer la capital en las manos del enemigo, el resentimiento del pueblo era grande, porque estaba convencido de que en ese momento tenía el ejército mexicano la ventaja en hombres y en posiciones. Así es que podía explicarse el triunfo de los norteamericanos sólo como resultado de una traición. El famoso político José Fernando Ramírez, comentó esto en una carta dirigida a un amigo suyo en esos momentos: "Ya supondrá Ud. que nadie habla de otra cosa que de esta horrible desgracia y para cómo de ella, incluso la gente de tropa, creen que Santa Anna ha traicionado. Yo me resisto a creerlo, considerando que el lance puede explicarse sobradamente con la inepticia y cobardía de nuestros Generales y Jefes, que exceptuando Valencia y algunos de los que lo acompañaron, se han manifestado como han sido, son y serán, cobardes, ignorantes y sin rayo de pundonor, apenas, por su capacidad, dignos de ser sargentos. . ." (84) Pero es más fácil echar la culpa a un solo individuo

(84) José Fernando Ramírez, México durante su guerra, etc., P. 299

que admitir la culpabilidad de la nación y del ejército en general. Así persiste la explicación de "traición" hasta esta fecha.

Examinemos este asunto de la "traición" con más amplitud. Ya hemos visto algunas de las bases "históricas" de esta creencia. Claro es que Santa Anna dió margen bastante para infundir sospechas. Pero veamos si tiene esta creencia alguna base "lógica". ¿Por qué traiciona una persona a su propia patria? Lógicamente hay tres razones: Primero, cuando se está en manos del enemigo y traiciona para salvar la vida. La traición de Santa Anna durante su prisión en Texas es de esta categoría. Segundo, cuando se tienen simpatías para el enemigo, de tipo intelectual, como las tenía Lorenzo de Zavala para los texanos. Tercero, cuando se traiciona sólo por ganancia pecuniaria.

En el caso que consideramos, las primeras dos razones no pueden aplicarse porque ni estaba Santa Anna en las manos de los norteamericanos, ni (en vista de lo ocurrido hace diez años) podía tener simpatías para ellos. Nos queda sólo la última... traición por dinero. Para probar que ésta también es inaplicable, se citará primero un trozo de la obra de Roa Bárcena, describiendo la batalla de Angostura:

"Habían ya transcurrido muchas horas de lucha continua, obstinada y sangrienta, perdiéndose y ganándose lomas y llanuras, estandartes y cañones; desbandándose cuerpos enteros del enemigo; deseminándose y dispersándose algunos de los nuestros a causa de las cargas y de los accidentes del terreno, sembrado de muertos y heridos que estorbaban el paso de los contendientes cuando el jefe de nuestras armas, viendo declinar el día e indecisa la victoria, quiso hacer un supremo esfuerzo para alcanzarla, y resolvió reunir todas sus tropas y atacar con ellas por última vez, partiendo de su propia derecha, el centro de las posiciones de Taylor. Al efecto, mandó montar una batería de piezas de a 24 y dispuso que la de las piezas de a 8 avanzara a batir de flanco al contrario; llevó por sí mismo a la columna del coronel Blanco de su izquierda a su derecha; hizo que la infantería de Pacheco se uniera a los restos de la 2ª división; que

avanzaran asimismo las reservas, y que la poderosa columna formada con todas estas tropas quedara al mando del general Francisco Pérez, bajo la inmediata inspección del mismo Santa Anna, a quien ya habían muerto de un metrallazo su primer caballo, y que, en otro de poca alzada, con un corneta de órdenes al lado, y sin distintivo militar en su persona, de cachucha y levita o sobretodo, sin desenvainar la espada, llevaba en la diestra un látigo corto con que avivar el paso de su montura a la cabeza de sus columnas, o con que señalarles las contrarias y el camino del combate y la gloria. Así condujo de una a otra loma a sus fuerzas, formándolas en batalla en el lugar mismo en que su genio militar, que suplía en él a toda instrucción, le hizo preever la aparición del enemigo que, al presenciarse los preparativos de un nuevo ataque, quiso adelantarse a darlo más bien que recibirlo. Así le vieron y le vitorearon sus regimientos, a quienes electrizaban sus ojos de águila y las frases breves y enérgicas cuyo acento sobresalía entre los toques de fuego del clarín y el estampido de los cañones. Así le verá la historia, olvidando ante ese momento solemne en que Santa Anna personificaba a todo un pueblo que defiende valerosamente su independencia, los errores y faltas del anciano que acaba de bajar al sepulcro entre las sombras de la pobreza y de la ceguera propias, y ante la ingratitud y la indiferencia de sus ciudadanos, más frías que la muerte!" (85)

Este cuadro espléndido que pinta Roa Bárcenas nos interesa porque nos permite ver a Santa Anna a la cabeza de sus tropas en el centro de la acción, donde silbaban las balas. Y no fué la primera ni la última ocasión en que se expuso al fuego enemigo. Un hombre que traicione a su propia patria por dinero tiene que ser egoísta, porque para él el dinero es más importante que el bien de sus conciudadanos y hasta que su amor propio. Un hombre que aprecia tanto el dinero, querría gozar de él. ¡Bajo ninguna circunstancia se arriesgaría la vida! Si lo hizo, sería una locura y todo su propósito

(85) Roa Bárcena, op. cit., p. 176-177, tomo I

carecería de sentido.

Aparte de estas consideraciones, no existe prueba alguna de que Santa Anna salió de esta campaña con ganancia material. En efecto, en una acasión expidió pagarés de su propia cuenta que ascendieron a ciento ochenta mil pesos, ofreciendo sus propiedades personales en hipoteca. Es verdad que más tarde el gobierno tomó la responsabilidad de la deuda, pero en ese momento Santa Anna no tuvo esta garantía. Los sucesos venideros demostrarán que Santa Anna codiciaba más el poder que el dinero, y en esa campaña podía conseguir el poder y la gloria sólo por batir al enemigo hasta el límite de su capacidad, y vencerlo. La historia nos muestra que no bastaba el uno sin el otro, y por no vencer al adversario perdió el poder y la gloria. El pueblo mexicano llamó a Santa Anna de su destierro para ayudar a nación que se hallaba en una crisis. Santa Anna respondió a esta llamada, porque anhelaba el poder, pero también porque quería sinceramente defender a su patria. Todos los partidos lo eligieron jefe del ejército, aunque sabían, en vista de los resultados de la campaña de Texas, que era un militar mediocre. Por mediocre que fuese, era el mejor que tenían disponible.

En su resumen de esta campaña, Roa Bárcena escribe: "Y en cuanto al jefe principal, Santa Anna, no obstante sus errores y faltas, cuando la bruma de las pasiones y de los odios políticos haya desaparecido del todo ¿quién podrá negar su valor, su actividad, su constancia, su entereza contra los repetidos golpes de una siempre adversa fortuna; la maravillosa energía con que estimulaba a todos a la defensa, y sacaba recursos de la nada, e improvisaba y organizaba ejércitos, levantándose como Anteo, fuerte y animoso después de cada revés? ¿Qué no habría sido la defensa de México tras algunos años de paz interior, con ejército mejor organizado y armado, y bajo un sistema político que hubiera permitido al caudillo disponer libremente de todos los elementos de resistencia de la nación?" (86).

(86) Roa Bárcena, op. cit., p. 346, tomo III.

Pero Roa Bárcena se equivocó, la nación todavía condena el esfuerzo que fue sin duda el más sincero y altruísta de la larga carrera de Santa Anna. "Nos traicionó" —dicen— "Vendió la mitad de nuestro territorio". No importa que no estuviera en el país cuando comenzó la guerra, ni que nada tuviese que ver con el tratado de paz, porque estaba en Tehuacán preparando su salida de México bajo la sombra de la deshonra . . . para ir al destierro por segunda vez.

LA DICTADURA DE 1853 - 1855

Después de salir de México en abril de 1848, Santa Anna y su familia se detuvieron en la isla británica de Jamaica, y no conviniéndoles la lengua y las costumbres ajenas, se embarcaron otra vez, con rumbo a Nueva Granada. En el pueblecito de Turbaco, a veinticinco kilómetros de la ciudad de Cartagena, Santa Anna compró una casa y al estilo de un campesino acomodado, disfrutó de la vida rústica. Pero un hombre del tipo de Santa Anna no puede quedar desocupado, y a poco aplicó sus energías al cultivo de la tierra y al mejoramiento del pueblo. Un hombre de tipo común de la edad de Santa Anna (ya más de cincuenta años), bien acomodado como estaba, se hubiese contentado con vivir la vida tranquila, sin apuros ni dificultades. Pero la fuerza que lo atraía al poder nunca descansaba.

A pesar de que había mandado construir una capilla para sus restos en el cementerio del pueblo, quizás no pensaba utilizarla verdaderamente. A Santa Anna le gustaba contemplar sus propias tumbas. Casi desde el momento en que llegó a ese lugar, tenía la atención fijada en México. Mantenía una correspondencia con hombres de influencia, entre ellos Lucas Alamán, y especialmente su antiguo amigo y defensor, Juan Suárez y Navarro. A éste envió dinero para establecer un periódico para publicar propaganda en su favor. Este hombre, Suárez y Navarro, desde el destierro de Santa Anna en 1848, se había esforzado en defenderlo y mantener vivo su nombre. En 1849 había protestado una iniciativa del Congreso que pretendió guardar a Santa Anna en destierro, hasta que el mismo Congreso le otorgara permiso para regresar. Se publicó en 1850 su famoso elogio y defensa de Santa Anna, "Historia de México y del General Santa Anna". Buscaba constantemente la oportunidad de llevar a Santa Anna otra vez al poder, y en sus cartas a éste le informaba de todo movimiento importante.

Santa Anna no miró con ninguna repugnancia las activida-

des de Suárez y Navarro, y le animó con dinero y consejo. Entretanto, las condiciones miserables que siguieron la guerra, la sucesión de presidentes, uno tras otro, y el caos económico que resultaba de esta inestabilidad, empezaron a favorecer las pretensiones del desterrado. En 1851, Suárez y Navarro escribió a Santa Anna, dándole cuenta de la situación favorable para un movimiento en su favor, y pidió que nombrara un comité para encabezar el movimiento. Santa Anna le contestó en una carta fechada el 10 de octubre de 1851: "... Por lo que respecta a que designe tres o cuatro personas de aptitud reconocida para que organicen un movimiento; con los elementos que existen y de que se puede disponer, no tengo inconveniente alguno en designarlas, y desde luego designo a los Sres. D. José Ramón Pacheco, D. Antonio de Haro y Tamariz, D. Juan de la Granja y D. Juan Suárez Navarro..." (87). En fin, el hombre que había dirigido su "postrer adiós" al pueblo mexicano en 1848, estaba haciendo los preparativos para otra bienvenida.

La historia de la revolución de 1853 que hizo posible el regreso de Santa Anna, como la describe Suárez y Navarro en su librito, "El General Santa-Anna Burlándose de la Nación en su despedida fecha en Perote", echa alguna luz sobre la manera en que se promovía esta revolución y todas las revoluciones de México. Es verdad que Suárez y Navarro la escribió después de sufrir unos desaires de parte de Santa Anna, pero muchas veces de tal circunstancia sale la verdad. Hay un refrán inglés que dice: "When thieves fall out, honest men get their dues", que quiere decir que: cuando los ladrones se riñen entre sí, las personas honradas salen ganando. Suárez y Navarro presentó documentos y pruebas que no se puede pasar por alto y despreciar sólo porque resultaron de un rencor personal.

Según las memorias de Santa Anna, la revolución de 1853 que lo llevó al poder fue popular. Pero es imposible que haya existido

(87) Suárez y Navarro, El Gral. Santa Anna burlándose de la nación, etc., p. 49.

tido un verdadero estado de "opinión pública" a la sazón por razón del analfabetismo casi universal. La "opinión pública" era la que un grupo pequeño, pero bien educado y organizado, fomentaba entre las masas ignorantes. Así a pesar de una oposición muy fuerte, Suárez y Navarro y sus ayudantes lograron que se admitiese el nombre de Santa Anna para la Presidencia en los pronunciamientos que se verificaron. A poco, todos los partidos aceptaron la designación de Santa Anna. Tanto el antiguo federalista, Juan Alvarez, como el conservador inflexible, Lucas Alamán, lo apoyaron. Pero no lo respaldaron porque tuvieran confianza en su habilidad y sabiduría, sino porque creían que podrían manejarlo.

"En cualquier otro hombre habría constituido una inferioridad, una falta notoria e imperdonable, lo que en Santa Anna formaba el mérito mayor: no tener parecer ni opinión conocidos, no contar con ideas ni programas de gobierno. Pero esto mismo hacía que todos los partidarios, todos los partidos, todos los credos y todas las ideas, lo consideraran materia dispuesta y se valieron de él como de un instrumento maravilloso". (88).

De todos modos, triunfó por fin el Plan de Jalisco el 20 de octubre de 1852, y por los convenios del 6 de febrero del próximo año, los cuales establecieron una dictadura de un año, declarando que el dictador había de ser un ciudadano que no estuviese en el país, la puerta al poder otra vez quedó abierta para Santa Anna. Partieron desde luego tres comisionados para Turbaco, con el objeto de "persuadir" a Santa Anna para que aceptara el nombramiento. Uno de estos comisionados representaba a Lucas Alamán, y otro iba al servicio de Suárez y Navarro. Su propósito fue de convencer a Santa Anna del poder mayor que tenían sus partidos respectivos, con el objeto de influirlo en cuanto al nombramiento de los ministros. Al recibir estos emisarios, Santa Anna no se manifestó dispuesto a aceptar. Pero después de unas escenas histriónicas, en las

(88) V. Salado Alvarez, De Santa Anna a la Reforma, p. 186, tomo I.

cuales los comisionados invocaron los sentimientos de patriotismo y deber, quedó Santa Anna convencido, y consintió, como si fuera a costa de gran sacrificio. Uno de los comisionados anotó después: "Ya estaba hecho todo: Santa Anna había fingido aceptar a regañadientes lo que deseaba con el alma que se le ofrecía, después de haber intrigado por obtenerlo . . ." (89)

"Cuando llegó la noticia de que el héroe, ya vindicado, volvía a regresar a encabezar el gobierno, hubo una gran cantidad de preparativos. Cada clase de la sociedad quería estar representada, mientras los partidos políticos enviaban sus comisionados, agentes, o 'embajadores' para darle la bienvenida al viejo héroe. Veracruz estaba llena de militares, clérigos, políticos, negociantes, agiotistas, y aventureros 'puros' . . . (90).

El 1° de abril de 1853 Santa Anna llegó al puerto de Veracruz a bordo del barco inglés "Avon". Al desembarcar, fue saludado por campanadas vítores repiques y aplausos, y después de pasar por un arco de triunfo, asistió al Te Deum en su honor. Luego pasó a su nueva hacienda, el Encero, a donde acudieron todos los intrigantes con el objeto de ganar sus simpatías. Después de una estancia aquí, salió para la Capital, y el día 20 juró el Plan de Jalisco y los convenios del 6 de febrero, encargándose por la undécima y última vez del gobierno supremo.

Tan pronto como se hizo cargo del gobierno, formó su gabinete casi exclusivamente con conservadores y clericales, entregando la cartera de Relaciones Exteriores a Lucas Alamán. Pero muy pronto, al fallecer Alamán y Tornel, otro Ministro, y al retirarse Haro y Tamariz y Suárez y Navarro, quedó de nuevo como dictador sin restricciones. En esos momentos empezó uno de los gobiernos más fantásticos del mundo. Para mantenerse en el poder, inició una serie de leyes represivas, desterró a muchos liberales, clausuró periódicos contrarios, aumentó el ejército, elevó el número

(89) *ibid.*, p. 195.

(90) Callcott, *op. cit.*, p. 282-283.

de los oficiales, y para colmo, hizo que se le declarase "Dictador Perpetuo" y adoptó el título de "Su Altesa Serenísima".

Se presensio también en esta época el restablecimiento de la Orden de Guadalupe, la que fundó Iturbide, el espectáculo de las guardias de Santa Anna llevando barbas postizas, porque éste vió un retrato de los soldados del zar de Rusia. También, "un decreto señala las ocasiones en que pueden usar bastón los Consejeros del Estado. Otro prohíbe a los militares, que no pertenezcan a los 'cuerpos de preferencia', que se dejen crecer la barba. Un siguiente concede permiso a la Compañía de Jesús para actuar nuevamente en el país. Otro más concede título de Consejeros Honorarios a los arzobispos y obispos de la República y los faculta para usar el bastón. Un reglamento establece que solamente los miembros del gabinete pueden vestir a sus lacayos de amarillo. Las ropas de los universitarios, de los empleados y de los clérigos, son reglamentadas cuidadosamente. Disposiciones escritas ordenan la preferente circulación de los carruajes de los ministros. Sesenta y tantos artículos de un reglamento se refieren a la etiqueta durante los banquetes". (91).

Aquí tenemos que comentar el famoso tratado de La Mesilla del 31 de mayo de 1854, el cual ha sido una arma poderosa en las manos de los enemigos y los críticos de Santa Anna. Roa Bárcena considera el acto de firmar este tratado más reprehensible que el de firmar el Tratado de Guadalupe, porque la administración de Santa Anna no tenía "el puñal al cuello, como lo tuvo la la (sic) de Peña y Peña. (92). Esto no es precisamente la verdad, porque cuando el emisario de los Estados Unidos, Mr. Charles Gadsen, llegó a gestionar con Santa Anna, ya había ocupado ese territorio el general norteamericano, Lane. Santa Anna no tenía otro remedio, menos la guerra, y sabía que el país no estaba en condiciones de oponerse a las instancias del gobierno norteamericano. Así, vió de sacar pro-

(91) Muñoz, op. cit., p. 338.

(92) Roa Bárcena, op. cit., p. 318, tomo III.

vecho de ese mal irremediable por exigir una indemnización grande por una llanura yerma y árida. Sin embargo, debía haber resistido las otras exigencias de los Estados Unidos, es decir, la de derogar la obligación (de parte de los Estados Unidos) de proteger las fronteras contra las incursiones de los bárbaros, y la de tránsito de Tehuantepec. Es dudable que los Estados Unidos hubieran recurrido a las armas para lograr estas concesiones.

El pueblo mexicano había aguantado esta orgía de poder casi todo un año, cuando por fin fue proclamado, el 1° de marzo de 1854, el Plan de Ayutla, secundado por Ignacio Comonfort y ese viejo insurgente, Juan Alvarez. Santa Anna salió con tropas a batirlos, pero sin la energía y resolución de los días anteriores. Sospechaba que no podía salir el vencedor de esta revolución y envió al extranjero unos 232.000 pesos. Las gentes del pueblo se unían en forma incontenible al Plan de Ayutla, y fracasaban todas las operaciones militares de Santa Anna. El 25 de junio reunió en sesión extraordinaria a los Consejeros de Estado, y les preguntó si debería fomentar una república y si debería retirarse él mismo. Pero estando su suerte ligada a la suya, le contestaron que no. A fines de julio, llegó la noticia de una rebelión en Veracruz. Temiendo que esta pudiera cortarle la retirada, salió para ese Departamento, aparentemente para batir a los rebeldes, pero al llegar a Perote expidió un proclama en que renunció el mando "por la paz y la prosperidad de la Patria". El 16 de agosto, él y su familia se embarcaron en el barco "Iturbide" en el puerto de Veracruz, con rumbo a Turbaco, su refugio del destierro anterior. Así terminó una de las épocas más extraordinarias de la historia mexicana.

Aunque en los días posteriores, Santa Anna trató de recobrar el poder, negociando con cualquier gobierno que estuviera vigente, sea la monarquía de Maximiliano, o sea la República de Juárez, nunca tuvo éxito. Y aunque hoy se recuerde más, en cuanto a Santa Anna, el fracaso o "traición" de las guerras con Texas y

con los Estados Unidos, es sin duda el fiasco de su postrer gobierno el que le quitó cualquiera otra esperanza de volver al poder.

CONCLUSION

C O N C L U S I O N

Es lástima que no hubiese nacido Sigmund Freud cien años antes. Si eso hubiera pasado, se habrían escrito centenares de libros sobre la vida psicológica de Santa Anna. En vez de ocuparse los escritores de su época sólo con los aspectos exteriores de su carácter, habrían investigado todos los detalles de su vida íntima. Como resultado de la ignorancia de esta fase tan importante de la personalidad, nos queda hoy un cuadro incompleto y borroso de este hombre. La materia que ya tenemos a mano para reconstruir el cuadro completo consiste en sus acciones exteriores, las cuales dan a veces un indicio de la vida interior, y sus obras escritas. Estas últimas son muy valiosas, pero es limitado su valor por el estilo de escribir de aquella época, un poco artificioso y que impedía la manifestación libre de la personalidad.

Toda persona que haya estudiado con cuidado la vida de Santa Anna siente el deseo de admitir que sufría un trastorno de las funciones mentales. Algunos escritores alegan que tenía esa enfermedad mental, muy común en nuestros días que se llama "complejo napoleónico". Una persona que sufre este, se cree superior a las demás, y cree también, como el gran emperador, que su palabra es la ley, y que controla los destinos de todos los que lo rodean. Sólo una persona de semejante carácter es capaz de escribir lo siguiente:

"Jamás me ha asaltado el pensamiento ambicioso de esperar para mis acciones la aprobación universal; tampoco he sido, sin embargo tan pusilánime, que el temor de la desaprobación de alguno, o de muchos, me haya detenido cuando he llegado a convencerme, aunque a veces quizá con error, de que debía obrar de tal modo". (93).

(93) Santa Anna, Guerra de Texas, p. 2.

Santa Anna escribió esto en el año de 1837, después de regresar de su cautiverio en los Estados Unidos. Un investigador de su vida, después de admitir que había manifestado Santa Anna una cierta inestabilidad desde su iniciación en la vida pública, no puede dejar de observar que es precisamente durante esta guerra de 1836 que los síntomas de locura en Santa Anna se vuelven marcados y que van creciendo en los años posteriores. Escribe Carlos Pereyra en su obra, "Texas":

"Los testigos presenciales pintan a Santa Anna en esa marcha como un poseído, gesticulando, maldiciendo y golpeando a los soldados . . . Houston . . . iba a recibir como un obsequio la victoria con que le brindaba la locura de Santa Anna. Y digo locura, porque la ineptitud por sí sola no basta a explicar tal cúmulo de medidas desacertadas. En toda la campaña de Texas, Santa Anna acusa un desarreglo de las funciones cerebrales, que se manifiesta por oscilaciones de la atención. No la mantiene fija un solo instante. Ya se ha visto cuántas veces ha olvidado los planes más importantes por hechos externos que lo desvían . . . sobreexcitación . . ., agitado, gesticulador, locuaz y violento, maldiciendo y golpeando".

Al leer las obras escritas de Santa Anna, se ponen evidentes también los síntomas de una paradoja, es decir, "complejo de persecución". Siempre insistía en que lo trataban de arruinar sus émulos, y en efecto existe un elemento de verdad en esto. Pero también tenía la obsesión de que lo perseguía una fuerza divina, un destino fatal. He aquí unos extractos de su libro, "Las Guerras de México con Texas y los Estados Unidos":

"Ninguna de estas causas dependió de omisiones o hechos inmediatamente míos . . ." (p. 46).

"Fué, así, la fortuna, y solo ella, la que cortó las alas a la victoria que nos venía a alcanzar". (p. 47).

Y de "Mi Vida Política y Militar":

"Pero, ¿cómo escapar del destino que me estaba señalando? ¡Fatal destino que ha amargado horriblemen-

te mis días!" (p. 43).

"Con la explicación precedente cualquiera distinguiría la mano de la fatalidad frustrando mis afanes y mis esperanzas". (p. 63).

"Mas, ¿qué valen las mejores combinaciones ni todos los esfuerzos humanos contra los decretos del destino?" (p. 74).

"Los decretos de Dios debían cumplirse y se cumplieron". (p. 87).

Como sucede frecuentemente en estos casos, sintiendo la persona un contacto personal con la Divinidad, aunque sea en forma de persecución, también cree tener una protección especial, una especie de inmortalidad. Estas personas derivan una satisfacción anormal cuando superviven mientras otras mueren. Quizá pueda servir esto para explicar su afán por la batalla y su bizarría, muchas veces atolondrada. En su libro "Mi Vida Política y Militar", aunque los incidentes no tienen gran importancia en la relación, en dos ocasiones hace hincapié en su supervivencia y la mortalidad de los otros. Hablando de la mutilación que sufrió a manos de los franceses en 1838, dice:

"... a Dios pedía fervorosamente que cortara el hilo de mis días para morir con gloria... ¡ah! cuántas veces he deplorado con amargura en el corazón que la Majestad Divina no se dignara acoger aquellos humildes ruegos... ¡Arcanos incomprensibles!... Mi enojosa vida se conserva, y los nueve individuos heridos conmigo fallecieron en poco tiempo, y fallecieron alternativamente los cinco cirujanos que me operaron, y no confiaban en mi curación". (p. 49).

A pesar de que se queje de su supervivencia, el gozo que sentía de estos hechos es evidente. En otra ocasión, cuenta que el general José Rincón le rehusó salvoconducto por Veracruz cuando huía después de la revolución de 1844, y hace este comentario:

"¡Pero qué coincidencia!, él moría cuando la población de Jalapa celebraba mi regreso a la Patria con demostraciones de jú-

bilo". (p. 56).

Es casi una ley universal que un hombre que sufre un psicosis vive en su propio mundo, que él reconstruye las circunstancias exteriores para que le convinieran. La mayor parte de estos desafortunados quedan limitados en la expresión de este deseo por las paredes de un manicomio. Pocos son los, que como Santa Anna, pueden realizar sus fantasías en el mundo real. Hay que sólo echar un vistazo a la vida política de Santa Anna e inmediatamente se pone en manifiesto ¡que cada vez que se encontró Santa Anna en el poder, tendió a formar una dictadura personal sin los estorbos de un congreso! Y además, ¡los períodos de mayor duración en que Santa Anna permaneció en la silla presidencial, eran aquellos en que ejerció el poder absoluto, sin congreso! Tan pronto como se le imponía un congreso que le ofrecía resistencia, o lo disolvía, o se retiraba a su hacienda, si no podía hacer eso. Esto podría explicar, quizá, sus licencias frecuentes de la presidencia, aunque tenía el derecho legal de ocuparla, y era muy robusto y de ninguna manera enfermizo. Y pueda ser que por este camino nos expliquemos también su preferencia por el campo de batalla, donde era el jefe supremo indisputable.

Un hombre, cuando se vuelve loco, reconstruye el mundo y muchas veces cree que es lo que antes no era sino quería ser. Esto es un fenómeno muy común entre los locos. Es muy interesante notar que al subir al poder en 1853, restableció la Orden de Guadalupe, la que originó Iturbide, y en la que ocupó Santa Anna, con gran amargura, un puesto menor. "Todavía su esplendor no iguala al que tuvo Iturbide. Santa Anna quiere superar al hombre que lo humilló y cada uno de sus actos, a eso tiende. Restablece la Orden de Guadalupe, de la que él es el Gran Maestro... Y para hacer menos a Iturbide, que ha muerto hace treinta años, lo hace Gran Cruz, entre los que tienen que prestarle obediencia ciega. Condecora a O'Donojú, que murió hace treinta y tres años, a Vicente Guerrero y Guadalupe Victoria, que tienen cuando menos

dos décadas de tranquilidad en el sepulcro. Como cruzados guadalupanos, todos los grandes hombres que México independiente ha tenido, son inferiores a él y le deben pleitesía". (94) ¡Es imposible que sean estas acciones las de un hombre cuerdo!

Debe considerarse también la obsesión que tenía Santa Anna sobre la importancia de su propia persona; su afán de vestirse y condecorarse de una manera presuntuosa; su emoción exagerada en cuanto a su pierna perdida:

"¡Santo Dios! un miembro de mi cuerpo perdido en servicio de esta nación extraído de la urna funeraria, haciéndolo pedazos para escarnecerlo tan bárbaramente. . . ." (95).

"¡Compañeros de armas! con orgullo soportaba la falta del miembro importante de mi cuerpo (¡como si tuviese él otro remedio!), perdido con gloria en servicio de la patria. . . Sabed que ese despojo mortal ha sido sacado de la urna funeraria rompiéndola para burlarlo por las calles públicas. . . ." (96).

Debe tenerse en cuenta también el espectáculo increíble de la ceremonia elaborada que se verificó al ser inhumada la pierna en el cementerio de Santa Paula, y los centenares de decretos y acciones que carecían absolutamente de sentido y explicación razonable.

No pretendo ser psiquiatra; pero he leído bastante de la literatura psiquiátrica para ser capaz de reconocer síntomas marcados de locura. Quisiera presentar estas consideraciones como materia sugestiva al que esté mejor preparado en estos asuntos.

Concluimos esta tesis con las observaciones siguientes: Santa Anna fue en un principio un joven militar mediocre, ignorante pero ambicioso. Acumuló influencia por su habilidad en obrar, aunque

(94) Rafael F. Muñoz, op. cit., p. 340.

(95) Santa Anna, Vida Militar y Política, p. 54.

(96) ibid., p. 55.

con error, rápida y resueltamente, cuando todos los otros eran indecisos; estuvo siempre libre de la indecisión que proviene de una educación social. En su esfuerzo por lograr fama y poder, hizo muchos servicios a su Patria verdaderamente valiosos, pero no siempre concidían estos esfuerzos con el bien de la Nación. Después del año de 1836, la posesión del poder se volvió para él una obsesión anormal, y fue el objeto de todas sus acciones y maniobras. Apreció el poder más que el dinero; murió en ceguera y pobreza después de gastar la fortuna que había acumulado en un esfuerzo fútil de recobrar su poder perdido. Si hubiese muerto en la campaña de Texas, o si hubiera sido pensionado por el gobierno y se le hubiese prohibido participar más en asuntos públicos después de ser herido por los franceses, sería recordado hoy con orgullo y gratitud. La justicia moderna disculpa un crimen cometido en locura. Lo mismo debe hacerse con los actos postreros de Santa Anna.

Muchos mexicanos hoy tienen vergüenza de admitir que Santa Anna fuse el "padre" de la República Mexicana, pero eso es el hecho en que convienen todos los historiadores de su época. Sin embargo, no hay una sola calle que lleve su nombre: no hay un solo monumento que honre su memoria. El hombre que estableció la República, el hombre que participó con valor en las luchas más graves de la nación, el hombre que ocupó la presidencia del país más veces que ninguno otro, es recordado hoy con odio y rencor. ¡Parecería que también hay modas en la Historia!

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

Antonio López de Santa Anna — Mi Historia Militar y Política,
México, 1905.

Las Guerras de México con Texas y los Estados Unidos,
México, 1910.

Juan Suárez y Navarro — Historia de México y del General Antonio López de Santa Anna, México, 1850.

El General Santa Anna Burlándose de la Nación en su Despedida hecha en Perote, México, 1856.

Victoriano Salado Alvarez — De Santa Anna a la Reforma, México, 1902.

Rafael F. Muñoz — Santa Anna, el Dictador Resplandeciente, México, 1945.

Eugenio Méndez — Santa Anna, el Anormal, en el semanario, "Todo", 1934-1935.

Lorenzo de Zavala — Ensayo Histórico de las Revoluciones en México, México, 1845.

- Lucas Alamán* — Historia de México (tomo V), México, 1852.
- Wilfred H. Callcott* — Santa Anna, the Story of an Enigma that once was Mexico, University of Oklahoma Press, 1936.
- José Fernando Ramírez* — México Durante su Guerra con los Estados Unidos, México, 1906.
- José C. Valadés* — Santa Anna y la Guerra de Texas, México, 1936.
- José María Bocanegra* — Memorias para la Historia de México Independiente (tomo II), México, 1892.
- Mariano Arista* — Reseña Histórica de la Revolución que desde 6 de Junio hasta 8 de Octubre tuvo lugar en la República el año de 1833 a favor del sistema central, México, 1835.
- Nicolás León* — La Campaña de Barradas México, 1906.
- Correspondencia entre el Supremo Gobierno y el General Santa Anna, México, 1845 (Museo Nacional).
- Francisco de Paula de Arrangoiz* — México desde 1808 hasta 1876 (tomo II), Madrid, 1872.
- José María Roa Bárcena* — Recuerdos de la Invasión Norteamer-

ricana, México, 1947.

Carlos María Bustamante — *Diario Histórico de México* (tomo II),
Zacatecas, 1896.

INDICE.

Introducción	1
El Plan de Iguala	2
El Imperio de Iturbide	7
Los Primeros Años de la República.	16
El Pronunciamiento contra Gómez Pedraza (1828)	22
La Invasión Española	28
El Pronunciamiento de Bustamante (1829)	30
La Revolución contra Bustamante y el Plan de Veracruz	37
La Primera Presidencia de Santa Anna	46
El Pronunciamiento de Durán y Arista	50
La Primera Dictadura de S. A. y la Guerra con Texas	57
La Guerra de los Pasteles y la Dictadura de 1941	65
La Guerra con los Estados Unidos	72
La Dictadura de 1853 - 1855	81
Conclusión	89
Bibliografía	96